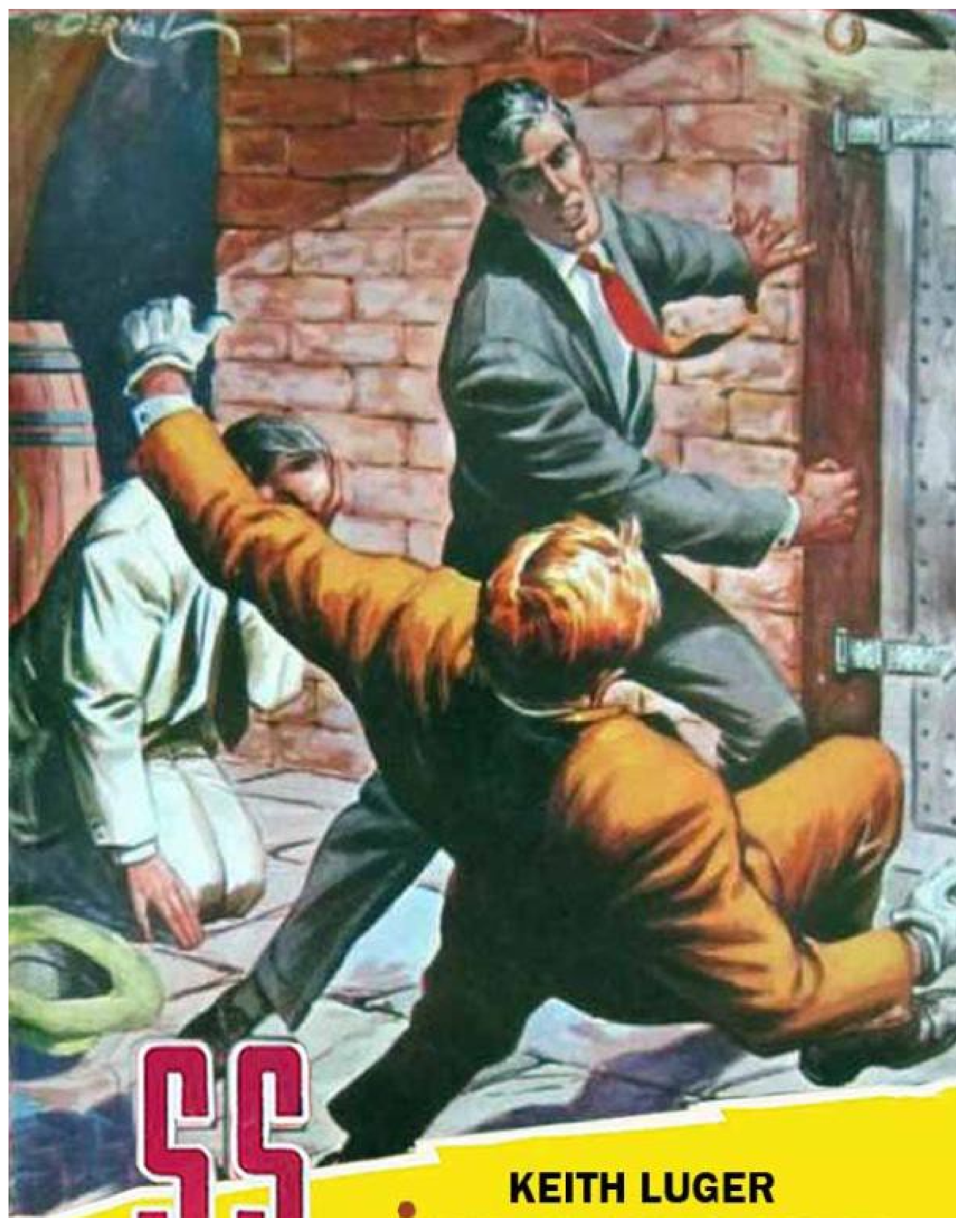


SS
SERVICIO SECRETO

KEITH LUGER

¡MATADME, SI PODEIS!

Cara de Perro me miró con ojos despiadados mientras se acercaba a la silla en que yo estaba sentado. Se detuvo delante de mí y dijo:

—Eres un cerdo, Tom. Eso es lo que eres, un cerdo. Solté una risita y cogí de la mesita cercana mi vaso de *whisky*. Me lo llevaba a los labios cuando Cara de Perro me soltó un patadón en la mano. El vaso salió despedido al aire y se estrelló en la alfombra. Lancé un aullido de dolor porque por lo menos me había aplastado tres dedos y me levanté furioso.

—¡Maldito! —grité—. No vuelvas a hacerlo, ¿sabes?

El rió sarcásticamente y me abofeteó con la mano izquierda. Retrocedí un paso mordiéndome el labio inferior.

—¿Qué es lo que te pasa? —pregunté.



Keith Luger

¡Matadme si podéis!

Bolsilibros - Servicio Secreto - 386

ePub r1.0
LDS 10.03.19

Título original: *¡Matadme si podéis!*
Keith Luger, ¡Matadme si podéis!
ePub modelo
Lds
, basado en ePub base r1.2





KEITH LUGER

¡MATADME SI PODEIS

1ª. EDICCIÓN
ENERO - 1957

EDITORIAL

Proyecto, 2-T. 284453



BRUGUERA

BARCELONA (6)

CAPÍTULO PRIMERO

Cara de Perro me miró con ojos despiadados mientras se acercaba a la silla en que yo estaba sentado. Se detuvo delante de mí y dijo:

—Eres un cerdo, Tom. Eso es lo que eres, un cerdo. Solté una risita y cogí de la mesita cercana mi vaso de *whisky*. Me lo llevaba a los labios cuando Cara de Perro me soltó un patadón en la mano. El vaso salió despedido al aire y se estrelló en la alfombra. Lancé un aullido de dolor porque por lo menos me había aplastado tres dedos y me levanté furioso.

—¡Maldito! —grité—. No vuelvas a hacerlo, ¿sabes?

El rió sarcásticamente y me abofeteó con la mano izquierda. Retrocedí un paso mordiéndome el labio inferior.

—¿Qué es lo que te pasa? —pregunté.

Él se balanceó sobre las puntas de los pies y repuso:

—Que eres un traidor, eso es lo que pasa y te voy a dar ahora tu merecido.

Cuando se abalanzó sobre mí, intenté detenerlo metiéndole un derechazo en el estómago, pero le pegué demasiado flojo y los noventa kilos de aquel mastodonte apenas se conmovieron. Me replicó con el filo de la mano abierta en el cuello y cuando me doblé hacia un lado me alcanzó con la derecha en el pómulo. Salí lanzado hacia atrás y me estrellé contra la pared, pero él me siguió rápidamente y cuando empezaba a caerme al suelo me cogió por la solapa y me soltó un trallazo en el mentón. El siguiente me cogió camino del suelo y me dio en la boca. Sentí náuseas, deseos de que todo ello acabase de una vez. Pero no, Cara de Perro no había terminado. Cuando me derrumbaba casi desvanecido, aún me soltó un patadón en la cadera.

Fue entonces, sólo entonces, cuando William Meredith dio la

orden.

—¡Está bien!, Corten.

Todavía medio inconsciente me di cuenta de que en el set todos empezaban a hablar. El director de la película estrechó la mano de Cara de Perro mientras yo me levantaba resoplando.

—Todo ha estado muy bien, señor Davis —oí que le decía Meredith, el especialista de películas de duros—. Esos puñetazos han parecido reales.

Solté un juramento por lo bajo. Le habían parecido reales y yo probablemente estaría tres o cuatro días sin poder moverme como una persona. Ale había pegado con todas sus fuerzas. En cambio, el puñetazo que le coloqué en el estómago había sido pura pantomima. Pero, claro, siempre hay clases. Davis era un actor de carácter, uno de los más cotizados en su género y yo un cualquiera, un tipo que no tenía más remedio que aceptar aquel trabajo para pagar el apartamento en que me albergaba y los bocadillos que de tarde en tarde arrojaba a mi estómago.

Inmediatamente me di cuenta de que con aquella escena había terminado mi actuación en la película. Meredith iba a dar media vuelta sin dirigirme siquiera la palabra cuando me planté delante de él, interrumpiéndole el paso. Sonriente, le pregunté:

—¿Qué tal, señor Meredith? ¿Satisfecho?

—No lo ha hecho mal.

Eso es todo lo que pensaba decir porque hizo ademán de proseguir bordeando el lugar en que yo me encontraba. Pero nuevamente le atajé:

—Perdone, señor Meredith, pero el caso es que con lo de ahora ha terminado mi trabajo en *Tiros y puñetazos*. Estaba pensando que usted podría necesitarme para otra cosa.

—No, gracias. Cuando necesite sus servicios, la oficina del estudio le avisará.

Insistí, no obstante. Con lo que me daban por recibir aquella paliza no tenía ni para pagar lo que debía.

—Perdone, señor Meredith. Pero quizá necesite usted alguien que se tire de un coche a ciento veinte por hora o un tipo que rompa una barandilla, después de recibir un puñetazo, y se precipite en el vacío desde una altura de quince metros. O alguien que aparezca saliendo de una casa envuelta en llamas.

—No, no hay nada de eso en esta película —me dijo enarcando las cejas como si empezase a temer que estuviera un poco ido de la cabeza.

Hice un movimiento consternado y él entonces me dio una palmada en el brazo y dijo:

—Le repito que ya recibirá noticias.

Luego se marchó dejándome allí solo. Busqué en la chaqueta el paquete de cigarrillos y encendí uno. Los auxiliares iban de un lado a otro transformando el gabinete en que Cara de Perro me había pegado a placer. Preparaban el set para la siguiente escena. Yo nada tenía que hacer allí y me dirigí al amplio camerino de los comparsas. Un anciano quiso ayudarme a hacer desaparecer de mi cara el leve maquillaje que la impregnaba, pero yo le dije que podía hacerlo solo. Me senté ante un espejo y me entretuve en quitarme la mascarilla.

Me vi reflejado.

—¡Imbécil! —mascullé. Sí, ésa era la palabra.

Me limpié la cara y cambié de traje. Dos hombres a mi lado estaban transformando su indumentaria. Bromeaban entre sí con los sombreros y pistolas que emplearían para actuar. Eché una ojeada por el camerino. No quería volver allí, pero pensé que mi presencia entre aquellas paredes significaban el embolsarme unos cuantos dólares.

El destino no me había sido favorable en los últimos tiempos.

Un año antes tenía yo en una calle de segundo orden de Los Angeles un despacho en cuya puerta se podía leer:

«R. RODES Investigaciones privadas».

Pero no sirvieron para nada los mil dólares que había invertido en aquel negocio haciendo mis compras de segunda mano. Tres o cuatro clientes fueron a verme, pero terminé mal con ellos. Tengo mi carácter y no me gusta que nadie me diga cómo he de conducir un caso.

Empecé a dejar de pagar los recibos de casa, gas, luz y muchas noches me acostaba rociando mi estómago con un poco de café caliente. Me sostuve durante algún tiempo esperando el caballo blanco que me librara de apuros, pero no llegó. Mis acreedores

agotaron el cupo de su paciencia y se lanzaron sobre mí como una jauría de perros, dispuestos a devorarme. Tuve que rendirme. Se quedaron con todo lo que pudieron atrapar y yo me fui a pasear a la calle.

Permanecí un par de días en estado contemplativo y cuando una noche empezaba a sentir los zarpazos del hambre me encontré a un antiguo amigo, Ben Nolan. Me invitó a cenar y yo acepté su magnífica intervención. Él se dio cuenta de lo que me ocurría y me hizo cantar de plano. Entonces me contó que ocupaba un cargo en el sindicato de actores, que estaba bien relacionado y que le sería fácil conseguir que me aceptasen para trabajar en los estudios de la Monumental. Jamás se me había ocurrido que pudiese ser actor y así se lo dije a Ben, pero él insistió pensando sin duda en que, si continuaba como estaba, algún día me iban a recoger de la calle con una escoba.

El caso es que, cosa de una semana más tarde, empezaba a trabajar. Mi primera actuación cinematográfica consistió en formar parte de una tribu de indios que asaltaban una caravana. Luego seguí actuando en escenas de masas.

Una noche peleé con un compañero en el comedor del estudio. Se trataba de un fanfarrón convencido de que bastaba que él guiñase un ojo a una chica para que ella suspirase por estar en sus brazos. No me gustaba el tipo y se la tenía jurada. Sólo esperaba una buena ocasión para pegarle fuerte. Por fin la ocasión se presentó. Yo gozaba de la simpatía de una rubia que trabajaba como extra y el tenorio me la quiso quitar por el sencillo procedimiento de asirla de una muñeca. Le coloqué tal puñetazo en el mentón, que derrumbó tres mesas, media docena de sillas y lo menos ocho comensales. El director Meredith se encontraba allí casualmente y se quedó admirado de la potencia de mis puños. Me recomendó especialmente para escenas duras. Ése era mi pasado reciente.

Salí del camerino y me iba a dirigir hacia la salida cuando una voz a mis espaldas me dijo:

—Perdone, señor Rodes.

Me volví. Delante de mí tenía a una joven de una belleza provocativa, morena, de grandes ojos negros rasgados, y labios gruesos muy rojos. Vestía un traje de punto que modelaba

maravillosamente su hermoso cuerpo. Yo no la había visto nunca antes de ahora.

Pensé que se habría equivocado, pero de pronto me di cuenta que me había llamado por mi nombre.

—¿Qué desea? —pregunté.

Ella me había estado también observando a su placer y ahora esbozó una sonrisa, mientras declaraba:

—Soy Roxanne Plata, secretaria de la señorita Judy Betes.

Enarqué las cejas. Judy Betes era la estrella de la película *Tiros y puñetazos*. Una joven que con sólo tres filmes había acaparado la atención del país. Sus fotos aparecían en todas las revistas y se decía que recibía un montón de miles de cartas semanales y que este número iba aumentando vertiginosamente. La crítica la consideraba como una firme esperanza. En el set la había visto solamente un par de veces interpretando alguna escena, y estaba seguro de que nuestros ojos no se habían encontrado.

—¿Y bien? —pregunté.

—La señorita Betes le ruega vaya a su camerino.

—De acuerdo —dije—. ¿Por dónde es?

—Sígame —contestó la secretaria.

Eché a andar detrás de ella. Caminaba delante de mí y ahora podía contemplarla a mi gusto.

Abrió una puerta y pasamos al interior. Una criada negra estaba recogiendo unos vestidos que había por el suelo. No le gustaba aquel trabajo porque emitía un gruñido tras otro. Una voz reconvino:

—¿Quieres callarte de una vez, Anna? Siempre estás protestando.

Había surgido de detrás de un biombo. Dirigí la mirada hacia allí y vi un hombro y un brazo desnudos. El brazo era fino, de piel que me hizo recordar la finura del terciopelo.

—Está aquí, señorita Betes —anunció Roxanne—. El señor Rodes.

—Oh, sí, enseguida salgo.

Una aristocrática mano de uñas color sangre cogió un batín del borde del biombo y poco después apareció ante mí Judy. El batín era verde y se adhería a su cuerpo como si estuviese mojado. Naturalmente era de un tejido especial para recibir a los periodistas

o a alguien a quien la estrella quisiera impresionar. Me habían dicho que los fabricantes de tales batines habían hecho un negocio fabuloso en un corto espacio de tiempo, pero yo le di la enhorabuena al tipo que había logrado aquella fibra sintética. Valía la pena que hubiera perdido su tiempo, y allí estaba Judy Betes para demostrarlo.

La criada negra y Roxanne salieron del camerino.

Judy dio unos pasos por la habitación y cuando se detuvo me miró fijamente, diciendo:

—Quiero que me haga usted un favor, señor Rodes.

—Si es algo que está en mi mano, cuente con ello.

—Se trata de algo especial. No todos los hombres servirían para ello. He aquí la razón por la cual me he dirigido a usted.

Sus palabras me pusieron en guardia.

—¿Qué debo hacer? —pregunté.

—Quiero que vaya a la calle del Encinar 128, para que entregue mil dólares a un hombre que estará esperándole. No tendrá dificultad para entrar. La puerta estará abierta.

Me quedé de muestra. Mil dólares era un buen pellizco.

—Ese individuo le tendrá que dar un paquete a cambio del dinero —prosiguió Judy—. En eso consiste todo. Usted recibirá por todo ello quinientos dólares. Ahora son las ocho y media. Debe verse con ese hombre dentro de treinta minutos.

Aguardó mis preguntas enarcando las cejas.

—Por qué me han elegido a mí, señorita Betes?

—Porque le creo capaz de conseguir que le entreguen el paquete a cambio del dinero. Está acordado así con el hombre que se lo tiene que dar, pero podría arrepentirse una vez tenga los billetes en sus manos.

—Y usted cree que si ocurre tal cosa yo le arrancaré el paquete a mamporros.

—Estoy segura de que no me defraudará.

La miré fijamente para hacerle la siguiente pregunta:

—¿Qué tiene el paquete, señorita Betes? Ella me hizo un hociquito.

—Es usted muy curioso, señor Rodes, pero desde luego no se lo pienso decir.

Era sincera la buena moza, pero a mí no me gustaba su

sinceridad. Debió adivinar por mi expresión que estaba a punto de decirle que buscase otro primo, y entonces vino hacia mí, contoneando suavemente las caderas. Era muy hermosa, y sabía sacar partido de ello.

Se sentó a mi lado y me tocó una mano. Su contacto me produjo la misma sensación que una corriente de trescientos mil voltios. Así se debía de morir en la silla eléctrica. Pero nos encontrábamos en California, donde se utilizaba la cámara de gas.

—Estoy en un verdadero apuro, señor Rodes. ¿No va a ser bueno con la pobre Judy?

Estuve a punto de decirle que ella era muy rica, pero decidí en el último momento que no encontraría gracioso el chiste.

Su tibia mano había emprendido una ascensión a lo largo de mi brazo.

—Señorita Betes… —empecé a decir.

—Oh, llámeme Judy —hizo un mohín de coquetería—. En compensación, le llamaré Jimmy.

—Está bien, Judy —asentí—. Estoy dispuesto a hacer lo que usted me pide, pero no me gustaría meterme en un lío que me traiga quebraderos de cabeza.

Le estaba mintiendo, desde luego. Como detective no había tenido oportunidad de encontrar un buen caso y ahora aquel trabajo se lo hubiese hecho gratis. Pero yo quería que abriese un poco más el grifo. Quinientos dólares por ir a una casa a entregar a un hombre mil a cambio de un paquete, me parecía demasiado fantástico para que me ocurriese a mí. Siempre he sido desconfiado con mi suerte. Allí había gato encerrado.

Ella me miraba con dulzura y durante un rato jugueteó con el lóbulo de mi oreja.

Finalmente, dijo:

—Usted gana, Jimmy. Se lo contaré todo. —Hizo una pausa mientras inspiraba profundamente y luego añadió—: Se trata de unas cartas, eso es, unas cartas de amor. Las escribí hace mucho tiempo, cuando yo no era más que una chica vulgar. Entonces no sospechaba que iba a llegar a ser una actriz famosa.

—Comprendo.

—Él ha resultado ser un sinvergüenza. Rompimos hace tiempo y cada uno tiró por su lado. Yo no me acordaba de las cartas ni de él,

pero de pronto un día me llamó por teléfono recordándomelas. Se encontraba en un apuro y quería dinero, mil quinientos dólares. Me dio una dirección para que le enviase el giro asegurándome que cuando llegase a su poder me remitiría las cartas.

—Y, naturalmente, no cumplió su palabra.

—Así fue. Transcurrió algún tiempo y un día llegó la segunda llamada. Quería mil dólares más jurándome que se desharía de las cartas. Sin embargo, el chantaje continuó, cada vez con más frecuencia.

Hubo un silencio que interrumpí, objetando:

—Teniendo en cuenta todo eso, ¿cómo puede estar segura de que esta vez irá a la casa del Encinar con las cartas?

Dio unos pasos por la habitación, apretándose las manos.

—Diga si acepta o no, Jimmy. En caso contrario, buscaré a otro.

No podía quedarme sin cliente. Naturalmente le sería fácil encontrar un hombre que le hiciera el trabajo. Pero aquella historia sonaba a falsa a cien millas de distancia. Si las cosas eran como decía, el tipo no se hubiera conformado con las módicas cantidades que le sacó. Ella podía pagar mucho más.

—De acuerdo, Judy —le dije.

—Esta noche estaré en casa, en el bulevar Villespie 324. Doy una pequeña fiesta. Una vez se haya apoderado de las cartas, vaya allá.

—No me gustan las fiestas.

—No sea tonto. Nos veremos a solas en una habitación, y cuando hayamos arreglado lo nuestro, le presentaré a unas cuantas personalidades del cine. Usted está empezando su carrera artística y le vendrá bien.

No le quise decir que a mí me importaba un comino mi carrera de actor. Por el contrario, sacudí la cabeza en sentido afirmativo.

—Corriente, Judy. Iré allí.

Pasó un brazo por debajo del mío y me acompañó hasta la puerta. Allí me dio mil dólares para el chantajista y doscientos cincuenta para mí. La otra mitad la recibiría en su casa.

—Recuérdelo, Jimmy.

—¿El qué?

—No ha de abrir el paquete.

Me prometí a mí mismo que lo abriría, aunque fuese lo último

que hiciese en mi vida.

—Descuide, Judy —le aseguré—. Se lo entregaré intacto.

De pronto, se puso de puntillas y me dio un suave beso en la boca.

No pude menos que estremecerme, no por el efecto del beso sino porque me dio la impresión de que me enviaba a algún sitio del que no iba a volver.

De haberse tratado de otra clase de mujer, la hubiese zarandeado hasta hacerla cantar, pero era Judy Betes y sólo hubiese conseguido armar un escándalo en los estudios. Sentí tal rabia dentro de mi pecho que sólo se me ocurrió desahogarme de una forma. Pasé un brazo por su cintura y la atraje hacia mí violentamente besándola en los labios con todas mis fuerzas. Cuando me separé de ella y abrí la puerta para salir volví la cabeza y me percaté de que aún no había recobrado el aliento.

Cerré por fuera y eché a andar. Unas caderas y un busto se interpusieron en mi camino. Todo ello pertenecía a Roxanne Plata. Nos quedamos mirando fijamente y la joven advirtió:

—Tenga cuidado, señor Rodes.

—¿Con qué he de tenerlo?

Se sacó un fino pañuelo del bolsillo y me lo pasó por los labios. Luego lo enseñó con el *rouge* que había en él.

—El lápiz que utiliza Judy para filmar deja bastante —indicó. Fruncí el ceño y murmuré:

—Me gustaría saber cuánto deja el suyo.

Estaba muy seria y sus labios parecían a punto de sonreír, pero lo evitó haciendo un esfuerzo.

—Lo ha dejado un poco mareado, señor Rodes.

Se apartó de mi lado y alejóse con dulce balanceo hacia el camerino de la actriz. Tragué saliva y eché a andar pensando que hay días buenos y días malos.

¿Qué clase de día sería aquél para mí?

Quizá el hombre de la calle Encinar me podría contestar a esa pregunta.

CAPÍTULO II

El número 128 de la calle del Encinar era una casa de aspecto lóbrego ubicada en un sitio de pobre iluminación. Probablemente el Municipio había querido colaborar con los productores de películas terroríficas ofreciéndoles un escenario gratuito.

La rodeaba un jardín defendido por alambres de espinos. La puerta de la verja estaba entornada. Como había espacio suficiente para que yo pasara, no la quise tocar para no provocar ningún ruido.

Caminé por un sendero y subí tres escalones deteniéndome en un porche. A mi derecha había una mecedora a la que faltaba el asiento y una silla volcada. Descubrí una ventana, pero no vi ninguna luz a través de ella. Todo estaba a oscuras.

Fue aquel momento el que elegí para pensar que Judy Betes había sido muy parca en su explicación y empecé a darme cuenta de que me había metido en un lío que quizá resultase peligroso para mí. Después de todo, el fulano que me esperaba dentro debía carecer de escrúpulos. Esto era una condición indispensable para ser chantajista. Su mercancía, las cartas de la actriz, valían para él un buen puñado de dólares. ¿No consideraría conveniente cobrar el precio y retener la mercancía? Para él, tal coyuntura suponía el seguir pegado a la ubre que lo alimentaba. Además, Judy Betes había echado mano de mí porque me consideraba capaz de imponerme con la fuerza de mis puños. Pero ¿y si el extorsionista me estaba esperando revólver en mano? ¡Demonios! ¡Hasta podría matarme! Un escalofrío me subió por la espina dorsal, produciéndome un cascabeleo en el cerebro.

Tuve la impresión de que me estaban espiando. Bien, de acuerdo. Si así era, ya no podía retroceder.

Puse la mano en el pomo de la puerta que tenía delante y durante unos segundos acaricié la idea de que estuviese cerrada por dentro. Sería estupendo para mí. Entonces no tendría más que girar sobre mis talones y abandonar aquel lugar. Iría a la casa de Judy Betes y le diría que estaba equivocada, que en el 128 de la calle del Encinar no me esperaba nadie. Pero no, la puerta no estaba cerrada por dentro. Se abrió a mi impulso. Escudriñé el interior y lo vi todo negro.

Pasé al otro lado y cerré a mis espaldas.

Carraspeé suavemente llamando la atención de quien pudiera estar allí. Pero esperé una respuesta inútilmente. Cuando acostumbré los ojos a la oscuridad me di cuenta de que me hallaba en un pequeño vestíbulo. Lo crucé y pasé a lo que debía ser el *living-room.*

—¿Hay alguien ahí? —inquirí y me pareció la pregunta más estúpida que había hecho en mi vida.

Al parecer no había nadie.

Aquel silencio me ponía nervioso. Saqué la caja de fósforos y encendí. A la luz de la llama pegué un grito. Alguien estaba frente a mí. El fósforo se me cayó de los dedos apagándose.

—Será mejor que no se mueva —advertí sacando un cortaplumas—. Le estoy apuntando con un arma.

Tampoco hubo respuesta.

—¿Qué le pasa? ¿Se ha tragado la lengua?

No, aquel tipo no decía nada. Probablemente sería mudo. Con la mano libre froté otro fósforo y cuando se produjo de nuevo la luz me quedé boquiabierto.

En la pared de enfrente había un gran espejo que formaba parte de un aparador. Yo estaba tan asustado que al primer momento no me había reconocido. Pensé que si la señorita Betes supiese aquello no estaría tan satisfecha de su elección.

Solté un taco y me puse a escudriñar la estancia. Estaba solo en ella.

¿Y si el chantajista se hubiese retrasado?

Eso era lo que debía haber ocurrido. No podía ser de otra forma.

Me puse un cigarrillo en los labios y lo encendí con el tercer fósforo. Descubrí entonces una escalera que se iniciaba al fondo del *living.*

Bueno, no estaría mal que echase un vistazo. Además podía esperar en lo alto. Era una posición estupenda. Desde allí podía ver llegar a mi antagonista y tenerle a tiro con el cortaplumas. Yo le entregaría la pasta, pero él habría de hacer lo propio con las cartas. Sonreí pensando en mi llegada a casa de Judy Betes. Probablemente me estaría esperando con otro modelo de batín. Era siempre una imagen deseable.

Comencé a ascender por la escalera. El sexto escalón chirrió un poco. Necesitaba una reparación del carpintero. Al llegar arriba tiré el fósforo y lo aplasté con el zapato, pero ya había visto antes de ello que había un corredor al fondo y me dirigí por él sin ningún tropiezo. Iluminé una vez más el escenario. Había dos puertas a la derecha y otras tantas a la izquierda. Abrí la primera. Era un dormitorio con dos camas. No había nadie. Cerré la puerta y abrí la siguiente.

Me llevé el más grande sobresalto de mi vida. Un hombre estaba sentado en una silla frente a la puerta, mirándome fijamente.

—¡Canastos! —exclamé retrocediendo un paso.

La llama del fósforo se estremeció. Bueno… debió ser mi mano.

—Menudo susto me ha dado usted. Pudo hacerme, notar su presencia.

Era un hombre de unos cincuenta años, cabeza medio calva, ojos negros, nariz achatada y mentón algo prominente. Era feo, condenadamente feo.

Entonces me detuve de nuevo observándolo con más atención. Sus ojos se mantenían fijos. Una sospecha nació en uno de los meandros de mi mente y poco a poco se fue agrandando.

Intenté tragar saliva, pero no pude.

Me acerqué a él y lo toqué con la mano.

El fulano se vino abajo y cayó de bruces sobre el suelo.

Retrocedí hacia la puerta y di vuelta al conmutador de la luz. Examiné todos los puntos de la habitación aun cuando estaba seguro de que el que había liquidado al calvito se encontraría a aquellas horas tomándose un *whisky* muy lejos de allí.

En la habitación, además del cadáver, había una cama, una mesita de noche, dos sillas y un perchero.

Me hice una pregunta. ¿Sería aquel hombre el que debía entregarme las cartas y recibir la pasta? Judy no me había hecho

ninguna descripción y por lo tanto no lo podía saber. Magnífica deducción. Me estaba poniendo a la altura de un Perry Mason o de un Philip Marlowe. Entonces hice lo que ellos. Me agaché y volví él cadáver. Lo habían estrangulado con su propia corbata. Le cerré los ojos piadosamente y luego me puse a registrarlo. Pero no tuve suerte. El que le había hecho aquel nudo le limpió también los bolsillos. Me puse en pie de nuevo. Allí no tenía nada que hacer.

Lo había pasado mal hasta entonces en Hollywood, pero a partir de ahora las cosas iban a cambiar. Lo iba a pasar peor.

Aquello era demasiado complicado para mí teniendo en cuenta que sabía muy poco del asesinato.

Pensé que debía llamar a la policía. En aquella habitación no había ningún teléfono. Apagué la luz y salí. Regresé al *living-room* e hice girar el conmutador. Anduve buscando unos minutos, pero tampoco encontré micro alguno. Apagué nuevamente y abandoné la casa.

Ya en la calle empecé a andar hacia una luz de neón que había al fondo, a unas cincuenta yardas. Correspondía a un bar que se llamaba el Pingüino. Un empleado soñoliento dejó de leer su periódico cuando entré en el local haciendo sonar la campanilla de la puerta.

—¿Qué va a ser? —me preguntó.

—Un *whisky* —le contesté.

Había tres hombres alrededor de una mesa discutiendo acaloradamente sobre carreras de caballos. Vi la cabina telefónica al final y mientras el encargado escanciaba en el vaso, eché a andar hacia ella. Busqué en la guía el número de la policía y llamé. Cuando se estableció comunicación dije:

—¿Me hace el favor? Brigada de Homicidios.

—Por favor, espere un momento —me contestó una voz ronca. Esperé.

—Habla el teniente Travers, de Homicidios. ¿Quién es usted?

—Soy James Rodes y le llamo desde el bar Pingüino de la calle del Encinar.

—Muy bien. ¿Qué es lo que ocurre?

—Acabo de encontrar a un hombre muerto en el 128.

—¿Un hombre muerto?

—Sí, asesinado. Lo estrangularon con una corbata.

—No se mueva de donde está. Pasaremos a recogerle.

Oí el chasquido que cortaba la comunicación y salí de la cabina.

Bebí de un trago el *whisky* y le dije al encargado que me pusiera otro. Había empezado a fumar un cigarrillo cuando se oyó una estridente sirena y poco después unos frenos crujieron junto a la puerta del establecimiento. El soñoliento dejó de leer y se quedó con la boca abierta mirando hacia la puerta. Penetró en el local un hombre vestido de paisano, de cejas rubias y nariz torcida. Tras él lo hizo otro tipo vestido de igual modo y un policía uniformado. El de la nariz difícil echó una mirada por el local e inmediatamente se dirigió hacia mí.

—Soy el teniente Travers. ¿James Rodes?

—Sí, señor.

Observó el vaso que sostenía en la mano y frunció el ceño.

—Le aseguro que es el segundo, teniente —le advertí escamado.

—Está bien. Acompáñenos a la casa del crimen. El empleado del bar pegó un salto.

—¿Ha dicho crimen?

Travers le dirigió una mirada de fastidio y dijo:

—Es lo que vamos a comprobar.

Salimos fuera y el teniente me dijo que pasase detrás como el policía uniformado mientras él lo hacía delante junto al que conducía el coche. Poco después llegábamos a la casa 128 y descendimos.

Entramos en la casa y, como conocedor del terreno, encendí la luz y señalé hacia arriba.

El teniente asintió con la cabeza y ascendimos por la escalera.

—La segunda habitación —indiqué. Travers abrió la puerta mientras me decía:

—Espere aquí.

Entró en el dormitorio seguido del policía uniformado. Yo me apoyé en la pared mientras buscaba el paquete de cigarrillos. Encendí uno y acababa de arrojar la primera bocanada de humo cuando el teniente apareció con las manos a la espalda. Se quedó inmóvil frente a mí balanceándose sobre las puntas de los pies y echando ligeramente la cabeza hacia atrás.

—Un hombre muerto, ¿eh? Lo estrangularon con una corbata.

Fui a responder un poco extrañado por sus palabras, pero él me

detuvo con un ademán y luego me preguntó:

—¿Quién es usted, señor Rodes?

—He trabajado en algunas películas, pero mi verdadero oficio es el de detective, aunque hube de dejarlo por falta de clientela.

—Detective, ¿eh? —repitió haciendo un gesto como si le pisase un pie.

—Puede usted comprobarlo cuando quiera.

—No será necesario. Le creo, señor Rodes. Se dio de baja en la profesión porque probablemente no lo conocían ni en su casa, y ahora se ha querido buscar un poco de publicidad porque no podrá pagársela…

—No le entiendo. ¿Por qué iba a hacer eso? Se pasó la mano por la cara y luego exclamó:

—¡No hay ningún cadáver, señor Rodes!…

Me quedé mirándole como si me acabase de decir que los magnates de la Metro Goldwyn Mayer me estaban buscando por toda la ciudad para ofrecerme un contrato por diez años.

—¿No? —Galleé al fin.

Sus ojos brillaron de furia mientras sus labios se distendían en una mueca.

—Usted lo sabe tan bien como yo, señor Rodes. No hay ningún cadáver. Nunca lo hubo.

Entonces pegué un salto y me metí en la habitación. Sólo di dos pasos al darme cuenta de que el teniente tenía razón. Alguien había hecho desaparecer el cadáver.

El policía de uniforme abrió la puerta de una alacena vacía. Era el único escondite. Así pues, existía la seguridad de que no estaba allí el calvito. Me volví gritando:

—¡Registre la casa! Lo deben de haber puesto en otra parte.

—¿De veras? —rezongó Travers con cierto tono dubitativo—. Está bien, ya que estamos aquí le haremos el juego hasta el final. Ocúpese de eso, Bryan.

Bryan me fulminó con la mirada y salió del cuarto continuando su registro.

Nos quedamos solos el teniente y yo. El sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo y encendió.

—Escuche, muchacho —dijo—. No crea que la policía está aquí para pasar el rato. Cumplimos con nuestro deber y ya tenemos con

ello suficientes jaquecas. Si usted se cree un buen detective mate a su suegra y desafíenos, pero no nos venga con cadáveres y cuentos chinos… A estas horas tenía que haberme pasado por casa para ver cómo sigue uno de mis pequeños que cogió la gripe. Y ya lo ve. Aquí me tiene por culpa de su condenada ocurrencia…

No valía la pena insistir en que le había dicho la verdad. Desde su punto de vista era perfectamente lógico que al no estar el cadáver en la habitación me creyese un bromista o alguien a quien le interesaba meter un poco de ruido para que me prestasen atención. No, no estaba en mi mano convencer al teniente y perdí totalmente la batalla cuando Bryan entró de nuevo en la habitación anunciando:

—Nada, teniente.

—¿Lo ha registrado todo? —pregunté ingenuamente. Bryan me dirigió una mirada lastimosa y me espetó:

—Sólo me falta registrar sus bolsillos.

—Está bien, Rodes —rugió Travers—. No necesito advertirle otra vez. Podría detenerlo y hacerle pasar unos cuantos días en una celda, pero le voy a dar una oportunidad. No quiero que digan que la policía contribuye con su negligencia a echar a perder a las personas. Ha pasado un buen rato a costa nuestra, pero le repito que no lo repita porque entonces tendría que reírse desde la otra parte de una reja. Vamos, Bryan.

Salieron de la habitación y oí cómo bajaban la escalera. Permanecí pensativo un rato hasta que la sirena policíaca empezó a aullar mientras se alejaba de la casa.

Bien, no tenía nada que hacer allí. No podía esperar que trajesen de nuevo al calvito. Ardía en deseos de ver a Judy Betes. Ella era quien me había metido en aquel berenjenal y por tanto quien podía responder a unas cuantas preguntas que quería hacerle.

CAPÍTULO III

Media hora más tarde me encontraba en el Villespie Boulevard.

Judy vivía en un hotelito que debía de haber costado un buen puñado de billetes.

La casa estaba rodeada de un gran jardín. Me detuve ante la puerta de ésta y pulsé el timbre. Era de noche y se veían unas cuantas luces en el interior. Al poco rato la puerta se abrió. No había acudido nadie a abrir. El que me había allanado la entrada lo hizo apretando un botón eléctrico. Subí al porche donde había un criado que sostenía la puerta.

—Soy James Rodes —le dije.

—La señorita Betes le está esperando. ¿Quiere hacer el favor de seguirme?

Emití un gruñido de asentimiento. Me introdujo en la biblioteca y sólo llegué a dar dos pasos hacia el centro.

Contuve el aliento al ver a Judy Betes cerca de una chimenea. El vestido de noche con que se cubría —lo de que se cubría es un decir— carecía de tirantes y sus hombros desnudos eran redondos y perfectos, y su garganta una verdadera maravilla.

Quedaba explicado que hubiese revolucionado a América y ahora empezase a revolucionarme a mí.

Se dio cuenta del efecto que me producía y se me acercó llevando un vaso en la mano.

—¿Un *whisky*, Jimmy?

Cogí el vaso de su mano y bebí un largo trago. Luego fue a un diván y se sentó arreglando bien los pliegues del vestido para que no se arrugase.

—¿Se sienta conmigo, Jimmy? —me invitó.

Me acerqué al diván y tomé asiento junto a ella.

Metí la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y saqué el fajo de billetes. Ella enarcó las cejas y borró de sus labios la sonrisa.

—¿Quiere decir que el hombre no ha aceptado el dinero a cambio del paquete?

—Es algo peor que eso. Fui a la calle del Encinar y entré en la casa que usted me indicó. No había nadie abajo y subí al primer piso. En un dormitorio encontré un tipo que no pude identificar porque le limpiaron los bolsillos. Lo habían estrangulado.

—¡Oh! —Exclamó abriendo unos ojos como platos.

—Entonces me fui a un bar cercano y desde allí telefoneé a la policía.

—¡*Santo cielo*! ¿Por qué hizo eso?

—Usted no me quiso dar informes sobre la misión que me llevaba allí y yo no quise pillarme los dedos. Pero de todas formas no tiene que preocuparse. Cuando volví con los de la Brigada de Homicidios el cadáver había desaparecido.

—¿Es posible?

Se levantó sujetándose la cabeza con las manos y dijo:

—Creo que ahora soy yo quien necesita un trago.

Fue al bar que había en un rincón y se preparó un *whisky* doble. Yo rae quedé sentado esperando y al cabo de un rato vino hacia mí y me preguntó:

—¿Tiene un cigarrillo?

Encendí dos simultáneamente y le ofrecí uno.

Se quedó pensativa un rato y de pronto preguntó:

—¿Qué pensó la policía de su llamada?

—No lo tuvieron en cuenta. Pensaron que les había tomado el pelo.

—Eso es estupendo.

—Yo no lo creo así. El hombre estaba bien muerto.

—¿Y si se equivocase?

—¿Qué quiere decir?

—El hombre pudo tropezar con algo y caerse. Perdió el conocimiento, usted lo encontró en esa forma y pensó que lo habían matado. Mientras usted salía para llamar a la policía él se recobró y se marchó por su propio pie —soltó una risita—. Con tanto relacionarse con gente del cine es posible que usted haya adquirido también una imaginación fantástica.

—El fulano fue estrangulado con su propia corbata. Me cercioré bien. Su corazón había dejado de latir bastante antes. No pudo marcharse por su propio pie.

En aquel momento se abrió la puerta y entró en la biblioteca John Davis, el cual al darse cuenta de que había interrumpido un diálogo, pidió perdón y se dispuso a salir, pero Judy vio la oportunidad de terminar aquella embarazosa conversación conmigo y corrió hacia él.

—Oh, Johnny, no te marches, el señor Rodes y yo; ya hemos terminado —enlazó su brazo y volvió la cabeza hacia mí diciendo—: ¿Viene con nosotros, señor Rodes?

De buena gana la habría mandado al diablo y salido de aquella casa, pero el asunto había empezado a interesarme y asentí.

Me presentó a Davis. El actor no demostró reconocerme a pesar de lo que me había zumbado. Luego nos fuimos juntos a un salón donde había mucha gente. Vi a Roxanne Plata rodeada por tres jóvenes y deseé estar entre ellos. La muchacha era un verdadero prodigio. Su vestido de noche era un poco más discreto que el de Judy, pero también había sido confeccionado para convencer al más escéptico.

—Éste es Samuel Hampdex, Jimmy, el director de *Filmogramas.*

Aparté la mirada de Roxanne y la fijé en el hombre que me presentaba Judy. Tendría unos cuarenta años y era robusto, de ojos verdosos y porte elegante. Le habrían dado el mayor susto de su vida diciéndole que llevaba una manchita en el cuello de su camisa.

—Jimmy Rodes es una firme esperanza del cine, señor Hampdex —siguió diciendo Judy, mientras yo cambiaba un apretón con el director—. Haga que uno de sus críticos se ocupe de él.

Hampdex me miró con interés.

—¿En qué películas ha trabajado, Jimmy?

—En *Rumbo a California.*

Hampdex miró al techo con el ceño fruncido como si tratase de recordar.

—*¿Rumbo a California?* No recuerdo.

—Eso es fácil. Yo era uno de los doscientos indios que asaltaban la diligencia en que iba el protagonista.

Alguien soltó una carcajada cerca. Era un hombrecillo de unos treinta y cinco años de edad, bajito y con cara de zorro.

—Ése es un buen chiste. ¿Por qué no lo publica en su periódico, señor Hampdex?

Hampdex lo fulminó con una mirada.

Judy nos presentó. El personaje era su agente Jack Plumber. Había oído hablar de él. Se decía que era un verdadero taumaturgo. Si se lo proponía sacaba una actriz de una vulgar leñadora.

Fue acercándose más gente y los fui conociendo a todos. Habían acudido actores y actrices de primera categoría, directores y productores. Yo había asistido a varias fiestas, pero en ninguna encontré a tantas personalidades. Por algo era la casa de Judy Betes.

Alguien puso a rodar un disco y la orquesta de Harry James empezó a dejar oír su ritmo.

Fui a volverme para sacar a bailar a Judy. Sólo quería hablar con ella para continuar en el punto en que habíamos interrumpido nuestro diálogo. Pero ella me huía como el demonio y ya estaba bailando con Davis. Solté una imprecación para mis adentros en el instante en que oí una voz femenina a mis espaldas.

—Hola.

Me volví y vi a Roxanne Plata delante de mí.

Tenía los brazos levantados ofreciéndome su cintura y yo la enlacé. Nos deslizamos por la pista.

—¿La va a abandonar? —inquirió.

Su pregunta fue súbita y yo me separé un poco para mirarla a la cara.

—¿A quién? —pregunté a mi vez aunque sabía que se refería a Judy.

—No le ha mentido si le ha dicho que se encuentra en un apuro.

—¿Qué sabe de ello?

—¿No se ha confiado a usted?

—No.

Hizo un gesto de decepción.

—Es una extraña mujer, pero le puedo asegurar que se trata de la persona más cariñosa que he encontrado en mi vida. Quizá sea porque ella también procede de una capa social en la que es frecuente el hambre de muchas cosas.

Yo no estaba para filosofías y la atajé:

—Escuche, ricura. Ella me ha contado una historia de chantaje.

Yo debía ir a por unas cartas. Tenía que entregar mil dólares a un tipo vivo. Y sólo encontré un cadáver.

—¿Un cadáver?

Estaba ya un poco cansado de contar aquella historia, pero la repetí una vez más.

—¿Se da cuenta? —terminé—. No puedo ayudarla sin conocer el terreno que piso. Reflexionó un rato y finalmente advirtió:

—No puedo añadir gran cosa a lo que usted ya conoce.

—Inténtelo. ¿Qué tal es Judy?

—Entré a trabajar con ella hace año y medio. Me conoció en las oficinas de la Monumental y me llevó con ella con un buen sueldo. Era una chica alegre y optimista. Empezó a tener suerte y todo se deslizó sobre ruedas. Ya sabe qué ocurre cuando una nueva luminaria aparece y acapara la atención de millones de espectadores. Los productores se habían gastado mucho dinero en publicidad y querían recuperarlo y cobrar los beneficios. Judy no tenía tiempo ni de salir de los estudios. El trabajo era intenso y podía enfermar. Se lo dije, pero no me hizo caso. Estaba embriagada por el éxito. Empecé a notarle cierta depresión que se fue acentuando poco a poco. Pero lo más curioso del caso es que tan pronto estaba con el ánimo completamente decaído como pasaba a un estado de completo optimismo.

Alguien interrumpió la pieza del tocadiscos.

Roxanne y yo quedamos de pie en el centro del salón.

—¿Cuándo empezó a notar esas irregularidades? —le pregunté.

—Yo diría que fue hace cosa de un año.

—¿No tiene sospecha del origen?

—No, en absoluto.

—¿Qué me dice de la vida anterior de Judy?

—Hay poco que contar. Perdió a sus padres siendo niña y estovo en un orfelinato. A los dieciséis años se colocó como camarera. Empezaba a tener buen tipo y era bonita. Me contó que tuvo tres pretendientes con los que salió hasta que se cansó de ellos, pero ninguno dejó huella alguna en su vida. Por eso es absurdo lo de las cartas.

—Me lo suponía.

—Luego Jack Plumber la conoció en un restaurante de las afueras de la ciudad donde ella trabajaba y le ofreció una prueba.

Resultó fotogénica y le dieron un papel en la película *Mujer hasta el fin*. Eso fue hace cosa de dos años. Usted sabe que a partir de entonces sus fotografías no han dejado de aparecer en todas las revistas de cine.

—Realmente no hay nada en qué hincar el diente.

Echamos a andar hacia la terraza y nos acodamos en la baranda.

—Resulta curioso —murmuré como si hablase conmigo mismo.

—¿El qué?

—Era detective privado antes de meterme en este nido de grillos y tuve que lanzar la esponja por falta de clientes. Ahora se me presenta un caso por el que hace tiempo habría dado media vida.

—Estupendo, Jimmy. Yo le contrataré para que siga trabajando. Tengo algún dinero ahorrado.

—Olvídelo.

—Oh, sí. Usted tiene derecho a cobrar por su trabajo.

—Mire, haremos un trato. Usted será mi cliente honorario. Asintió sonriendo.

—¿Tiene algún plan?

—Esperaré hasta mañana. Tengo el presentimiento de que ese cadáver ha de aparecer en algún sitio. Entonces volveré a la escena.

Me apretó la mano.

—No sabe lo que me reconforta el pensar que usted estará con ella. Sacudí la cabeza y dije:

—Me voy ya. Necesito descansar un rato. Estas fiestas no se han hecho para mí. ¿Me querrá despedir de Judy?

—Desde luego que sí. Llámeme en cuanto sepa algo.

—Cuente con ello. Hasta mañana.

Me iba a separar cuando me asió del brazo y antes de que pudiese darme cuenta se pegó a mí y me dio un beso en los labios.

—Mi lápiz es «Tropikane» —explicó con una sonrisa—. No deja. Se alejó de mí sin decir nada más y yo quedé mirándola.

Minutos más tarde, mientras me dirigía a la parada del autobús, un pensamiento me bullía en la cabeza.

Durante el día me había ganado dos besos, como un «boy-*scout*» que realizase las buenas acciones a pares.

Aquella noche soñé con dos vestidos de noche y puedo asegurar que ambos tenían un buen relleno.

CAPÍTULO IV

Al día siguiente por la mañana, aproximadamente a las diez, estaba desayunando en el bar de Joe. El servicio incluía la posibilidad de leer el diario gratuitamente. Era un detalle de la casa. Pasé sobre ascuas por los titulares de la primera página, ocupada en pregonar a los cuatro vientos que el Estado de California acababa de votar una ley en virtud de la cual se reducía la aplicación de la pena de muerte a determinados casos. Ello quería decir que Caryl Chessman, el convicto escritor, salvaba al fin la vida[1].

La segunda página me gustó más. En el ángulo inferior de la izquierda aparecía una noticia excitante. Era una pequeña gacetilla en que se incluía una fotografía. Un individuo llamado Luigi Amalfi, con un largo historial criminal en su haber, había sido encontrado ahogado cerca de Palm Beach.

No había cambiado mucho su cara desde la última vez que lo vi yo. Era el mismo tipo a quien yo debía entregar mil dólares en cierta casa de la calle del Encinar.

La noticia apenas merecía atención para los chicos de la prensa.

Alguien lo había dejado sin conocimiento y arrojado después al mar, donde se ahogó.

Según la versión de la policía, a Amalfi se lo había cargado cualquiera de sus muchos enemigos. Con estas palabras se quería dar a entender que su desaparición no había de traer consigo mucho gasto para los contribuyentes. Después de todo, el fulano que quitó de en medio a Amalfi había hecho un favor a la sociedad. El muerto dejaba viuda y tres hijos. Nada más. Eso era todo.

Bebí un solo trago de café que quedaba en mi taza y me metí en la cabina telefónica. Llamé a casa de Judy Betes y pregunté por Roxanne. Un criado me dijo que se hallaba en los estudios de la

Monumental. Marqué otro número y por fin, al cabo de diez minutos, conseguía oír la voz de la morena. Cuando le dije mi nombre me saludó cordialmente.

—¿Durmió bien, Jimmy?

—De primera, encanto. ¿Leyó la prensa de esta mañana?

—No tuve tiempo.

—Pues escuche esto. Encontraron al calvo, ya sabe, el hombre con quien tenía que hablar anoche.

—¿Está seguro?

—No tengo duda. Apenas ha cambiado. Hubo una pausa.

—¿Qué es lo que va a hacer? —preguntó.

—Todo esto ha suscitado mi interés, y como tengo mucho tiempo libre voy a ver lo que saco en limpio.

—¿Pero no cree que la policía hará su trabajo?

—Tengo la impresión de que no van a sudar mucho. Para ellos no será más que un caso de rutina. Cogerán a unos cuantos conocidos de Amalfi, les harán un interrogatorio muy decente, y finalmente, el expediente quedará archivado. Amalfi era un enemigo de la sociedad. Había visitado San Quintín media docena de veces. Tenía un buen récord. Robos, atracos, contrabando de drogas —esperé oír la voz de Roxanne, pero como no llegase inquirí —: ¿Sigue ahí, cariño?

—Sí, lo he oído todo.

—Voy a visitar a la viuda de Amalfi. Quizá ella sepa algo.

—¿Me llamará después?

—Más que eso, pienso verla —ella rió y a continuación le pregunté—: ¿Qué tal ha amanecido nuestra actriz?

—El despertar es siempre bueno para ella, pero de un momento a otro llegará la crisis. Meredith le ha hecho repetir cinco veces una escena, y ahora va por la sexta toma. Judy hace esfuerzos por disimular su nerviosismo, pero no creo que tarde mucho en hacer explosión —hizo una pausa y añadió—: Lo siento, Jimmy, me están llamando.

—Hasta luego, Roxanne.

Me quedé pensativo con el micro en la mano. Finalmente me decidí a marcar el número del *Star*. Pregunté por Michael Carson, el periodista que firmaba la gacetilla en que se informaba acerca de la muerte de Luigi Amalfi. Esta vez tuve suerte. Una voz juvenil, casi

de chiquillo, me habló desde la otra parte del hilo.

—Aquí Carson. ¿Quién llama?

—Soy James Rodes. Usted no me conoce, Carson.

—¿Qué quiere?

—Pensé que quizá usted sepa a dónde debo dirigirme para ver a la viuda de Luigi Amalfi.

Mi salida debió producirle sorpresa. Durante un rato sólo pude oír un leve chisporroteo, como si a través del hilo se estuviese friendo el tiempo.

—¿Para qué la quiere ver, Rodes?

Estaba preparado para aquello y le contesté:

—Amalfi me prestó hace algunos meses unos cuantos dólares. Veinticinco exactamente. Al enterarme de su muerte pensé que a su viuda le podían hacer falta.

—Es usted muy generoso, señor Rodes. Muchos en su lugar hubiesen liquidado la deuda con el diablo.

—¿Me va a dar la dirección?

—¿Conoce la parte de Santa Margarita?

—Sí.

—Coja el autobús que va hacia allá y baje al llegar a la barriada donde el «bus» tira hacia San Felipe. Siga calle adelante, y al final de ella verá un descampado. Al fondo se levanta una gran mole. Un constructor quiso gastar una broma y vender pisos hechos con barro y piedra. Los que viven allí están esperando que en un momento se derrumbe aquello. El fulano que hizo el negocio tiene siete coches y cuatro secretarias. Amalfi fue uno de los primos. Espere un momento. —Esperé y al cabo de un rato dijo—: Apartamento ciento cincuenta y dos, tercera planta.

—Gracias, amigo.

—No hay de qué darlas. Estamos para eso.

Carson tenía razón. Como cosa de una hora más tarde me encontraba frente a un descascarillado edificio que parecía haber iniciado una batalla contra el tiempo. Era de aspecto triste porque naturalmente la lucha la tenía perdida de antemano. Aquella mole antiestética terminaría por derrumbarse.

Un enjambre de chiquillos, mocosos y mal trajeados, corrían de un lado a otro. Me dirigí a un ancho pórtico y penetré por él.

Un tipo ventrudo estaba sentado en una mecedora, resoplando y

quitándose las moscas con ayuda de un periódico.

Estaba tan cansado que ni siquiera me preguntó qué quería y yo pasé de largo por su lado, dando a entender que conocía de antemano mi destino. Un crujiente ascensor me llevó a la tercera planta. Me detuve ante la puerta 152 y apreté el botón.

De dentro me llegó el zumbido de un abejorro. Un niño estaba lloriqueando y una mujer le dijo que se callase con esa voz templada que es tan frecuente en las madres. Se abrió la puerta, y apareció una mujer de unos treinta años de edad, morena y de ojos profundamente negros. Empezaba a engordar, pero juré para mis adentros que el tal Amalfi había tenido buen gusto.

Me quité el sombrero.

—¿Señora Amalfi? —interrogué. Me miró con curiosidad.

—Sí. Yo soy.

Un pequeño de unos cinco años asomó la cabeza, cogiéndose a la falda de la mujer.

—Le he de hacer unas preguntas sobre su marido —declaré.

—Ya vinieron sus compañeros y les dije que no sabía nada —me contestó un poco abrupta.

—No soy policía, señora Amalfi.

Su rostro reflejó cierta sorpresa. Me examinó nuevamente, y por fin, dijo:

—Entre, ¿quiere usted?

Tasé al interior. No había orden allí, pero no se le podía culpar de nada siendo así que tenía tres chiquillos. Me indicó que me sentase en un diván forrado de una cretona que había empezado a perder el color. Ella se sentó al borde de un sillón con un niño a cada lado.

El tercero seguía lloriqueando en una habitación contigua, y la señora Amalfi volvió la cabeza y soltó una retahíla de palabras en italiano.

El infante pareció entenderla, porque guardó silencio. Luego, ella me prestó atención y quedóse con las cejas enarcadas esperando que iniciase el diálogo.

—Me llamo James Rodes, señora Amalfi, y estoy metido en esto no por pura casualidad —empecé a explicar—. Supongo que tendrá interés en que la ley castigue al hombre que la dejó sin marido.

Asintió con la cabeza. Mi idea no le producía mucho entusiasmo.

Luego dijo:

—Luigi no era muy bueno, señor Rodes. Venía a casa una vez por semana. Quizá no esté bien que yo lo diga ahora que está muerto; pero no me dio una buena vida. Llegaba, hacía su capricho, me dejaba un poco de dinero, y hasta la semana siguiente.

—Quizá su trabajo le impedía dedicarle mayor atención. Meneó la cabeza escépticamente.

—Conocía a mi marido, señor Rodes. Lo que le disgustaba a él eran los chiquillos. Mientras ellos reían todo iba bien, pero si había uno enfermo, o lloraba, o se ponían pesados, entonces daba la vuelta y se marchaba. Al principio peleaba con él. Le decía que él tenía tanta culpa como yo de haberlos traído al mundo —la señora Amalfi gesticulaba como buena italiana, dando fuerza a sus ideas, a sus palabras. Me recordaba a Ana Magnani.

—¿Sabe en qué se ocupaba últimamente su marido?

—Luigi nunca me contaba nada. Algunas veces le pregunté, pero siempre me contestaba lo mismo. Según él, yo debía conformarme con el dinero que me daba. Lo demás no era de mi cuenta.

—La policía cree que lo mató algún enemigo.

—No lo sé. Luigi se llevaba bien con todo el mundo. Guardaba sus ratos de mal humor para las pocas veces que venía a casa. Antes de tener a los chiquillos salíamos mucho. Cuando nos encontrábamos con algún amigo en un bar, Luigi no permitía que pagase. Siempre lo hacía él. En cuanto se encontraba con alguien ya estaba sacando el paquete de cigarrillos. Yo pensé que todos le querían.

—Pero su marido había estado varias veces en la cárcel. Lo meterían por algo malo que hizo.

—Eso ocurrió antes de que él y yo nos casáramos, señor Rodes.

Miré al hijo mayor. Debía de tener seis años. Así pues, Luigi no había visitado una celda en el último lustro; pero la policía, al parecer, se había dado prisa en recordar a la prensa su prontuario criminal.

—Señora Amalfi, ¿no puede indicarme alguna cosa que considere importante respecto a su marido?

Me contestó con otra pregunta.

—¿Qué interés tiene en ello, señor Rodes?

—Su marido no murió ahogado, señora Amalfi. Le estrangularon

anoche en una casa de la calle del Encinar.

Su rostro se tornó pálido.

—¿Cómo dice, señor? —murmuró.

—Yo fui el primero en encontrarlo. Tenía que ir a aquella casa para verme con él, pero cuando llegué allí él ya estaba muerto. Salí para llamar a la policía y en ese intervalo sacaron el cadáver y lo tiraron al océano.

Se llevó las manos a las mejillas y mordióse el labio inferior como si realmente ahora mis noticias le produjesen un profundo dolor.

—¡Pobre Luigi! —exclamó. Y después empezó a murmurar por lo bajo palabras en italiano.

—¿Me va a ayudar, señora Amalfi?

Ella se quedó un rato pensativa y luego repuso:

—Ya le he dicho que no sé nada, señor Rodes. Es la pura verdad; pero mi marido nombró dos o tres veces a un hombre con el que seguramente tenía algo que ver. Quizá de él consiga algo.

—¿Quién es?

—Charley Leed.

—¿Lo conoce usted?

—Sí, una vez vino a casa. A Luigi le molestó mucho la visita. Se metieron en un cuarto y estuvieron como cosa de media hora hablando a solas. Oí algunas voces, pero no pude saber de qué hablaban.

—¿Cómo es ese Charley?

—Un alfeñique. No ha de pesar más de cincuenta y cinco. Su cara me recuerda la de un ratón.

—¿No sabe dónde lo podría encontrar?

—No lo sé, pero aquel día que vino Charley a casa, cuando se despidieron en la puerta, Luigi lo citó en La Lechuza, un bar que hay en Santa Margarita.

Sobrevino un largo silencio y yo me levanté porque allí no tenía nada que hacer.

Me acompañó hasta la puerta y yo le di las gracias. Me iba a marchar cuando me detuve y volví la cabeza.

—¿Cómo se valdrá para salir adelante con los pequeños?

—Luigi fue previsor. Contrató una póliza de vida por veinticinco mil dólares. Yo me daba buena maña para coser, y pienso poner un

taller de costura. No me faltará clientela.

Mientras bajaba en el ascensor, pensé que después de todo, Luigi se había portado bien con su familia.

El individuo de la mecedora seguía espantando las moscas y tampoco miró al marcharme yo.

En la calle, me dirigí a un chiquillo y saqué del bolsillo una moneda de medio dólar. Se la tendí a cambio de la dirección de La Lechuza.

Media hora más tarde me encontraba en el local. Había mucho público bebiendo, y la pesada atmósfera se podía cortar con un cuchillo. Al fondo, sobre una mesa, entrechocaban las bolas de billar. Hice una señal a un fornido mozo que había tras el mostrador, y cuando se acercó le pedí un *whisky*.

Cuando me lo puso delante, yo coloqué en la mesa una moneda de cincuenta centavos y dos dólares.

El fulano cogió la moneda, me dirigió una furtiva mirada y fue a marcharse.

—Se le olvida lo otro, amigo —advertí.

—Su consumición sólo cuesta cincuenta centavos.

—Los otros dos son para que pague el primer plazo de su «Cadillac». Hizo una mueca desagradable y retrucó:

—¿A cambio de qué?

—Sólo me tiene que decir dónde encontraré a Charley Leed. ¿Barato, no?

Empezó a parpadear, dudando seguramente de que pudiese ganar el dinero con tanta facilidad, y por fin dijo sacudiendo la cabeza:

—Hoy no ha venido, ¿sabe?

—¿Es eso raro?

—Naturalmente. Viene todos los días.

—Está bien. Yo iré a buscarle. ¿Dónde me he de dirigir?

Se pasó el dorso de la mano por el mentón sin dejar de observarme.

—¿Es usted de la poli? —me preguntó.

Hice un gesto como si me hubiesen nombrado a mi suegra.

—¡No, hombre! Busco a Charley para invitarle a una partida de póker. Encontré a dos primos y tenía concertada con ellos una partida para esta noche. Charley ha de hacer el cuarto. Es dinero

seguro y no me gustaría llamar a otro. Charley se da buena maña y es honrado cuando se trata de repartir las ganancias.

Al fin se decidió.

—Lo encontrará sin duda en el apartamento de Cathy. Es el número veintitrés de esta misma calle.

Naturalmente yo no sabía quién era Cathy, pero tampoco me convenía preguntar acerca de ella. Bebí el *whisky* de un trago, hice un saludo con la mano a mi informador, y me marché.

El 23 de aquella calle era un viejo edificio de ladrillos rojos. La puerta de entrada estaba cerrada. En uno de los lados había una serie de timbres y debajo de cada uno de ellos un pequeño marco metálico para colocar la correspondiente tarjeta.

Leí la de Cathy Nolan y apreté el botón. Tuve que esperar un rato hasta que la puerta se abrió.

Desde un piso alto llegó la voz de una mujer.

—¿Quién es? —preguntó.

Me puse debajo del hueco y miré hacia arriba. Ella estaba en lo alto. Teñía una cabellera negra.

—¿Charley Leed? —pregunté.

—No está —me contestó secamente—. ¿Quién es usted?

Decidí subir. Ella me estaba esperando en el rellano. Sujetaba la puerta por el pomo. Estaba por los veinticinco años y cubría su cuerpo de redondeadas curvas con un batín listado. La expresión de su rostro era atrevida, casi procaz. Tenía la nariz respingona, los ojos negros y la tez muy blanca. Parecía Jean Peters. Un auténtico bombón. ¿Qué tenía que ver ella con un tipo como Charley Leed, si era cierta la descripción de la señora Amalfi?

Nos estuvimos mirando un rato mientras yo recuperaba el aliento. Me entretuve demasiado y ella levantó la barbilla desafiante.

—Ya le he dicho que Charley no está.

Saqué tranquilamente un cigarrillo y le prendí fuego. Solté un chorro de humo y dije:

—Charley no debe tener miedo de mí y necesito hablar inmediatamente con él.

—¿De la bofia, eh? —rezongó, cruzándose de brazos.

En Santa Margarita, por lo visto, la policía gozaba de las mayores simpatías. Meneé la cabeza en sentido negativo una vez

más.

—Me envía la señora Amalfi. Ahora que su marido se ha ido quiere saber en qué situación económica se encuentra.

—¿Y qué?

—Solamente Charley Leed puede resolver ese problema. El y Luigi llevaban negocios juntos. Cuando una sociedad se disuelve por muerte de uno de los socios hay que hacer una liquidación. ¿Lo va entendiendo, guapa? Luigi dejó herederos. Su mujer y tres hijos. Y los cuatro tienen boca.

Me examinó de pies a cabeza y yo dejé que me contemplase a su gusto.

—Está bien. Pase —terminó por decir.

Entramos en la casa y después de cruzar un corredor llegamos al *living-room*. No había nadie, pero bajo una cortina que debía comunicar con un dormitorio vi un par de zapatos.

—¿Cómo está, Charley? —saludé.

Un brazo apartó la cortina desde la otra parte y apareció un hombrecillo de unos cincuenta años de edad, de ojos soñolientos, cara ancha, y que no mediría más de un metro y medio. Uno podía jurar viéndolo que aquel tipo se estaba muriendo a chorros. Parecía Peter Lorre. Con su mano derecha esgrimía una pistola de un calibre extraordinario.

—Ha hecho usted mal en subir, amigo —barbotó con voz ronca.

—Tenía que verle a usted.

—¡Claro que sí! Para hacerme lo mismo que a Luigi; pero no le voy a dar esa oportunidad, porque me lo voy a cargar yo antes.

Usted no va a hacer eso —repliqué tranquilo—. Le echaría a perder la alfombra a Cathy y hoy todo cuesta caro —hice una pausa y añadí—: además, se equivoca respecto al objeto de mi visita. Quiero realmente hablar con usted.

—No soy tan lerdo.

Sonreí y levanté los brazos.

—¡Ande, regístreme! Ni siquiera llevo encima de mí una maldita cachiporra. Charley vaciló y finalmente hizo una seña a Cathy.

—Anda, chica. Regístrale bien; hasta las vueltas del pantalón. Una pistolita se esconde en cualquier parte.

Cathy vino por detrás de mí y pasó sus suaves manos a lo largo de mi cuerpo, produciéndome un agradable cosquilleo.

Luego me ofreció gratuitamente una buena perspectiva de su clase mientras se agachaba para observar las vueltas del pantalón.

Al levantarse enseñó las palmas de las manos vacías a Charley y declaró:

—Dijo la verdad. No lleva armas.

Charley me miró con ojos lacrimosos y repuso con voz lúgubre:

—Peor para él.

—¿Por qué no deja de hacer el matón, Charley? —sugerí.

—¿Qué ha venido a buscar aquí? ¿A quién representa?

—¿No lo oyó cuando hablé en la escalera? La señora Amalfi quiere las cuentas claras. Su marido y usted eran socios. Ella no quiere buscarle complicaciones, sino simplemente hacerse con lo que es suyo.

Charley se mantenía a la expectativa y finalmente sacudió la cabeza:

—Suponiendo que sea así, diga a la señora Amalfi que puede estar tranquila. Pienso largarle un billete de mil dólares.

—Oh, no se trata solamente de eso, Charley —repliqué persuasivo—. Ella también quiere saber en qué clase de negocios andaba metido su marido.

—No le importó mientras él estuvo vivo; ¿por qué ha de hacerlo ahora que está muerto?

Cathy sacó del bolsillo del batín una pitillera, de la que extrajo un cigarrillo. Con él entre los dedos ladeó la cara y me miró de soslayo.

—¿Sabes qué te digo, Charley? Este fulano me parece un tipo vivo.

—Dame su cartera.

Cathy vino hacia mí y me tocó de nuevo con sus lindas manos. Ella misma abrió mi cartera y extrajo mi tarjeta de identidad, aquélla de que me había provisto el Sindicato de Actores.

—¡Canastos! —exclamó la joven—. Si tenemos aquí a un nuevo Gary Cooper.

Charley le arrebató la tarjeta de un manotazo y después de dirigirme una mirada aviesa, gruñó:

—Actor, ¿eh?

—Y de los caros —contesté—. La Warner anda detrás de mí por estos días. No tengo mucho tiempo que perder. Colabore conmigo,

Charley, y dígame rápidamente en qué trabajaban Luigi y usted.

El hombrecillo soltó una risita y vino hacia mí alargándome la mano en que tenía la tarjeta. Yo la cogí por un extremo y en ese momento, el muy traidor, me pegó con la culata del revólver junto a la oreja.

Sentí un dolor profundo, pero yo estaba entrenado y Charley había quedado con el arma baja. Dejé caer mi tarjeta al suelo y le conecté un terrible trallazo en un pómulo.

Fue tal la velocidad a que salió disparado el canijo que llegué a pensar en que podría convertirse en un satélite artificial. Pero la pared lo impidió. Estrellóse contra ella y se derrumbó sobre el piso, donde quedó inmóvil.

Cathy reaccionó rápidamente y corrió hacia la pistola que había quedado sobre la alfombra. Mis reflejos fueron lentos y ella me cogió la delantera. Cuando me lancé, la palomita esgrimía ya la pistola. Le presioné la muñeca y forcejeamos. Aplastó su pecho contra el mío e intentó morderme un brazo, pero yo entonces le retorcí la mano con suavidad y la joven giró a mi antojo lanzando un gritito. Así, muy juntos, le susurré al oído:

—Se acabó el juego, ricura.

CAPÍTULO V

Maldito seas! —exclamó rabiosamente—. Suéltame antes de que me rompas un hueso.

—Lo haré si no entras en razón. ¿Prometido?

Se mordió el labio inferior, pero terminó por asentir con la cabeza. Yo la dejé libre y ella dio unos pasos. Volvióse con rapidez y su cabellera le azotó la Cara. Sus ojos eran muy hermosos, relampagueantes como los de una leona dispuesta a saltar sobre su presa.

—Apuesto a que eres un soplón de la policía.

—Frío.

—O un emisario de los que liquidaron a Luigi.

—Más frío.

—Está bien. No vas a conseguir nada de él ni de mí. Lárgate. Miré otra vez al montón de huesos y pellejo que era Charley.

—¿Es tu padre?

—No.

—¿Algún pariente?

—No.

—¿Tu amante?

—¡Vete al cuerno!

—Está bien, preciosa. Me iré cuando haya conseguido informarme de lo que quiero.

Quizá dé en la diana pensando que tú también estabas en el negocio, Luigi, Charley y Cathy, Sociedad en Comandita. Suena bien, ¿verdad?

Ella se arregló el batín que había quedado un poco desaliñado en la corta lucha. El extremo final de la y se había alargado.

Se buscó en el bolsillo y como no encontrase lo que quería

preguntó entre dientes:

—¿Tienes fuego?

Le eché una caja de fósforos al aire. Encendió lentamente y después de arrojar la primera bocanada de humo abatió un momento los párpados y se sentó en el diván.

Charley seguía escuchando cánticos celestiales.

Di unos pasos por la habitación y me detuve frente a la joven.

—¿Qué te parece si hablamos claro, ricura? —propuse.

—No sé a qué te refieres.

—A un puñado de dólares. Me miró irónicamente.

—A mí no me la pegas, chico. No tienes cara de tener pasta.

Eché mano a la cartera y saqué todo lo que tenía dentro. Unos ciento veinticinco dólares. Los tiré encima del diván y dije:

—Eso es sólo a cuenta.

—No seas tan rumboso. Envíaselos a tu abuelita para que se compre una dentadura postiza.

La chiquilla tenía la virtud de quemar la sangre y la mía estaba ya ardiendo. Apreté los labios y previne:

—No agotes mi paciencia, ricura. Trabajando en el cine he aprendido unos cuantos trucos para hacer hablar a la gente.

Dio una chupada al cigarrillo y mientras me arrojaba el humo a la cara, sus labios se distendieron en una sonrisa.

—Sólo eres un bravucón de pacotilla.

Fui hacia ella y la así por el cabello, doblándole la cabeza hacia atrás. Bajo mis ojos tuve su garganta fina como el alabastro. Noté que su cuerpo se estremecía.

—Ya te he advertido, Cathy —subrayé con voz ronca—. No soy de los que amenazan en vano.

—No tendrás coraje suficiente —me retó.

Tiré más del pelo negro, suave como la seda. Le estaba haciendo daño, pero sus labios seguían sonriendo. Tenía la mano izquierda libre y la derecha con el cigarrillo, y sin embargo, no hizo ningún esfuerzo por luchar otra vez conmigo.

Observé una lucecilla en sus ojos y la empujé violentamente hacia adelante. Cayó de lado y rebotó del diván, golpeándose con la cadera en el suelo.

—Lo debía haber comprendido —dijo—. Mucho hablar pero te faltan agallas.

La examiné un rato sin decir nada, pensando que aquella chica debía haberse escapado de un manicomio.

Charley empezaba a recobrar el conocimiento, soltando leves gemidos.

De pronto noté un olor raro en la estancia. Miré hacia el diván. El cigarrillo que Cathy había soltado estaba quemando la cretona. Me agaché rápidamente y lo cogí.

Cathy se arqueó furiosa.

—¡Dame eso, bastardo!

La miré perplejo sin saber a qué se refería.

—¿Qué te pasa, muchacha? —le pregunté.

—¡El cigarrillo! —rugió.

Solamente quedaba por consumir la mitad de él. Los ojos de Cathy me miraban cargados de odio y sus manos se crispaban, sentada en el suelo, sobre sus muslos.

De súbito cruzó por mi mente un rayo de luz. Miré el cigarrillo entre mis dedos y lo acerqué lentamente a los labios.

—¡No hagas eso! —gritó ella mientras se ponía en pie—. ¡Es mío!

Vino hacia mí furiosa, pero yo la aparté de un empellón lanzándola contra el diván, donde quedó sentada.

—¿Qué más da, ricura? Se me han acabado mis cigarrillos. Tú tienes más en tu pitillera.

Aspiré un poco de humo y después de saborear el carmín que había dejado ella me di cuenta de que Cathy fumaba un tabaco muy especial.

Apagué la colilla rozando la punta ígnea en el cenicero y la guardé en el pañuelo.

—¿Qué haces? —preguntó Cathy.

—Quiero llevarme un recuerdo tuyo. Lo tendré debajo de una campana de cristal y todas las noches, antes de dormirme, mi boca entrará en contacto con él. Será la única forma de poder recordar tus labios.

—¡Condenado farsante!

Charley se había incorporado. Fui hacia él y lo cogí por el cuello de la camisa. Le hice mover dos o tres veces la cabeza de un lado a otro, y al fin se recuperó totalmente.

—Mírame, Charley. Me miró asustado.

—¿Qué es lo que Luigi acordó entregar a la actriz Judy Betes?

—Es como si me hablase en chino —contestó.

Le abofeteé con la mano libre y se puso a lloriquear.

—Contesta, Charley. Todo acabará muy pronto.

Observé a la joven. No podía fiarme mucho de ella, pero estaba sentada en el sofá muy formalita, como si nunca hubiera roto un plato.

—A ver si dan el visto bueno a esta historia —dije— Amalfi tenía que entregar a la señorita Betes un paquete que contenía cigarrillos de heroína, como los que fuma Cathy.

Charley abrió unos ojos muy grandes y ello me hizo, suponer que había dado en el clavo.

Cathy empezó a reír primero suavemente y luego con fuerza.

—¿Qué dices, Charley? —pregunté.

El gusano balbució unas palabras ininteligibles y luego repuso:

—Está bien, usted gana. Pero le juro que yo intenté disuadirle. Acepté la orden de ustedes. Luigi también dio su consentimiento. Se lo hemos demostrado durante más de un año. Respetamos su terreno. Tiene que creerme. Luigi me lo dijo ayer por la tarde.

—¿Qué es lo que le dijo?

—Que le iba a llevar los cigarrillos a Judy Betes.

—¿Cómo se puso en contacto con ella?

—Un cliente nuestro, Néstor Devine, decorador, hizo amistad con ella. La señorita Betes debió descubrir que él también era adicto a la droga y le pidió la dirección de su proveedor. El caso es que la señorita Betes nos llamó por teléfono. Yo no estaba en aquel momento, se lo juro, había salido a hacer un encargo, y cuando regresé vi a Luigi preparando un pedido. Le pregunté para quién era y me lo contó todo. Le dije que no podía hacer una cosa como aquélla, que faltaba al pacto que habíamos hecho con ustedes. Pero Luigi contestó que el hecho de que les quitásemos un cliente no tenía ninguna importancia. Ustedes ya ganaban dinero en grande. ¿Qué importaba que nosotros nos llevásemos un pellizco? Muchas veces tenemos que vender a crédito. Nos deben un montón de dólares.

—Así pues, tú terminaste por acceder.

Charley se mojó otra vez los labios nerviosamente.

—No, no lo hice —me contestó sin mucha seguridad.

I Cathy había dejado de reír.

—Eres un estúpido, Charley —murmuró—. ¿Y si él no es lo que tú crees? Charley la miró perplejo.

—¿Qué dices?

—Que si él resulta ser realmente un actor le estás dando una información gratuita.

—Cierra el pico, muchacha —la ordené. Charley me observó.

—¿No es usted de los de «ellos»? —preguntó trémulo.

—No, Charley. No soy de los de ellos. Pero tú me vas a poner al corriente.

Charley se estremeció y Cathy se puso otra vez a reír.

—Anda, díselo, Charley. ¿Qué puedes perder tú al fin y al cabo? El chico tiene muchos riñones. Seguramente que también se atreverá a enfrentarse con los otros.

El hombrecillo negó con la cabeza.

—¡Me matarán si saben que yo he pegado el soplo!

—¿Y qué crees que voy a hacer yo contigo si te callas? —repliqué. Cathy se levantó y puso los brazos en jarras.

—No te molestes en atormentar más al pobre Charley. Yo te lo diré todo.

La miré fijamente y tuve la impresión de que era sincera. En sus ojos noté un súbito interés por mí.

Solté a Charley suavemente y le quité una hipotética mota de polvo de la solapa.

—Márchate —le ordenó Cathy.

—¿Adónde? —preguntó él nervioso.

—Eres un cobarde, Charley, y conozco un sitio adecuado para ti. Una cloaca. El hombrecillo volvió a gimotear.

—Me matarán, Cathy, lo mismo que a Luigi. Estuvieron anoche en mi casa. Me lo dijo Pat. Me hubiesen encontrado esta mañana lo mismo que a Luigi, llena la barriga de agua. Déjame que me quede. Ellos todavía no saben que tú estabas con nosotros.

—Te daré una solución mejor, Charley.

El hombrecillo quedó con la boca abierta esperando.

Cathy desapareció tras la cortina y al poco rato regresó con una llave en la mano.

—Vete a la calle de los Alamos, Charley. Es el número 232, apartamento 50.

—¿Por qué he de ir allí?

—El apartamento lo tiene alquilado una amiga mía que ha ido a pasar una temporada en Nueva Orleáns. Le pedí la llave por si acaso la necesitaba —Cathy sonrió persuasivamente—. Soy una chica previsora, ¿rió te parece?

Charley se humedeció los labios con la lengua y alargó la nerviosa mano para coger la llave. Luego preguntó:

—¿Crees que allí estaré bien?

—Mejor que aquí. Después de todo, ellos también pueden enterarse de que yo estaba con vosotros. ¿No ha venido el chico duro? —Cathy me miró sonriente—. Ellos no son menos listos.

Charley sacudió la cabeza de arriba abajo y me miró con tristeza.

—¿Me da la pistola? —preguntó.

—No, Charley —contesté—. El «quitapenas» se queda conmigo. Probablemente lo necesitaré más que tú.

Volvió a mirar a Cathy e hizo una mueca como si fuera a llorar.

—Ya está bien, Charley —le reconvino ella—. ¡Vete al apartamento de mi amiga y llénalo de lágrimas si es tu deseo!

Charley se puso a andar y salió del *living.*

Cathy y yo nos quedamos inmóviles, y poco después oímos el portazo que produjo el hombrecillo al salir.

Miré a Cathy ceñudamente.

—¿Qué es lo que piensas? —preguntó ella.

—Aún no me explico tu unión con estos hombres.

—¿Qué ves de raro en ello?

Hice un movimiento con la mano señalando el pobre mobiliario de la habitación.

—Eres joven y posees una buena fachada. No parece que lleves mucho tiempo fumando esa porquería. He conocido a unos cuantos tipos, hombres y mujeres, enviciados con la heroína, y estaban hechos una verdadera ruina.

—Quizá lo haya hecho por el dinero. Meneé la cabeza.

—No, pequeña. Tus curvas te lo proporcionarían en mayor cantidad —sus mejillas se colorearon—. Y eso es todavía más extraño —añadí apuntando con el dedo su cara—, ese rubor de vergüenza.

—¿Eres muy listo, verdad?

—Creí que lo era hasta que alguien me tomó el pelo; pero en el tiempo que llevo en Hollywood me he dado cuenta de la clase de gente que hay aquí. Procuro tomar siempre la delantera. ¿Qué clase de juego te traes entre manos, muchacha?

Ella ladeó ligeramente la cabeza en un gesto que debía ser característico, a juzgar por el número de veces que lo había hecho.

—¿Puedo tener confianza en ti? —me preguntó.

—¿Sabes una cosa? En mi pueblo me llamaban el «Tío Jimmy». Y sólo era porque todas las chicas entre los quince y los veinte años acudían a mí en busca de consejo.

—Ni siquiera sé tu nombre.

—Jimmy Rodes.

Transcurrieron unos segundos, y luego ella dijo:

—Tienes razón, Jimmy. Yo estoy aquí de prestado. Vine a Hollywood a vengar a mi hermana.

Sus palabras me llenaron de curiosidad. Me pidió un cigarrillo de los míos y yo encendí dos al mismo tiempo. Le entregué uno y nos pusimos a llenar la habitación de humo.

—Ella vino aquí después de haber ganado un concurso de belleza en Akron, Ohío —empezó a explicar—. Según el agente que la trajo, llegaría a ser una estupenda actriz. Pero pasó el tiempo y el éxito no llegaba. Las cartas de mi hermana empezaron a escasear. Yo tenía el presentimiento de que estaba pasando apuros. De pronto, un día llegó la noticia. Silvia había sido encontrada muerta en su apartamento. Según el dictamen forense, mi hermana se había suicidado. Tenía una compañera de habitación y ella fue la encargada de contar a las autoridades la historia. Silvia se había hecho adicta a la heroína. Empezó a trabajar como extra y todo el dinero que ganaba lo empleaba en mantener su vicio, pero sus ingresos eran módicos y muchas veces no le llegaban. Debía trabajar en los estudios y de noche en un *cabaret* vendiendo cigarrillos. Apenas comía. La compañera de mi hermana, una tal Elaine Drean, le quiso desarraigar aquel hábito que la llevaba por sus pasos contados a la tumba, pero Silvia se mostró inconmovible. Empezó a sufrir crisis nerviosas cuando le faltaban los cigarrillos de la droga, y fue en el curso de una de ellas cuando se quitó la vida.

—¿Cómo lo hizo?

—Tomó un tubo entero de pastillas somníferas y se encerró en el

cuarto de baño. Aprovechó una noche en que Elaine había salido con unos amigos. Cuando Elaine regresó a casa se la encontró cadáver.

Di unos pasos por la habitación y luego me detuve, mirándola.

—¿Así que tú viniste a Hollywood con la intención de encontrar al tipo que la envició?

—Sí. Fue él en realidad quien mató a mi hermana.

—¿No pudo ser el agente que la trajo desde Ohío para convertirla en una estrella?

—No. En manera alguna. Bob Dodge es una bella persona. El representa a otro centenar de chicas. No sabía una palabra de que a mi hermana le gustase la heroína. Elaine Drean tampoco me pudo dar ninguna pista. Estaba al corriente de lo que le pasaba a Silvia, pero no pudo arrancarle siquiera quién era su proveedor. Yo estaba decidida a vengarla y se me ocurrió algo. Siendo así que tenía todos los caminos cerrados, pensé que si yo aparecía como una adicta a las drogas adelantaría algo. Frecuenté los lugares en donde se podía expender clandestinamente con mayor seguridad. Locales nocturnos, bares, casas de juego. Tenía un par de miles de dólares ahorrados y los fui gastando poco a poco comprando a mozos, empleadas, hasta que por fin un día encontré a Charley. Representando el papel de una mujer que no podía vivir sin la droga, me proveyó de cigarrillos, y yo los pagué a buen precio. Me di cuenta de que era un hombrecillo con pocas ambiciones y empecé a cultivar su amistad. No pasamos de ahí y yo no pude conseguir lo que quería. Que me aceptase como una colaboradora en el negocio. El formaba sociedad con Luigi Amalfi. Recibían la heroína a través de la frontera mexicana y la expendían en pequeñas cantidades. Eran comerciantes de poca monta.

Hizo una pausa para dar una chupada al cigarrillo y cuando arrojó dos chorros de humo prosiguió:

—Poco a poco, Luigi y Charley fueron otorgándome confianza y yo hice preguntas más interesantes. Una de ellas, la más trascendental, fue la de por qué no se dedicaban al negocio en mayor escala. Recuerdo que ocurrió aquí mismo una noche, sentados alrededor de la mesa. Luigi estaba repartiendo mil dólares que había cobrado de distintos clientes, pero les debían mucho dinero porque, como ha dicho antes Charley, tenían que dar muchas

veces su mercancía a crédito. Le sugerí que había personas con dinero contante y sonante, y que con toda seguridad tenían más necesidad de la droga que esos desharrapados con quienes ellos se entendían. Entonces Luigi dio un suspiro y me lo explicó todo.

Yo tenía una idea bastante aproximada de lo que pasaba en Hollywood respecto a la heroína y otras drogas, pero no interrumpí a Cathy porque su información era de primera mano y podía añadir detalles que completarían el conjunto.

—¿Qué fue ése todo? —pregunté.

—El tráfico de drogas en Hollywood está en manos de un poderoso trust. Esto fatalmente tenía que ocurrir, puesto que aquí se encuentra la gente más adinerada de nuestro país. Artistas de todos los estilos que cobran los dólares a puñados, personas que llevan una intensa vida de trabajo, y que en los momentos libres quieren olvidar los sinsabores que constantemente los embargan. Ese trust está perfectamente organizado. Antes de que se constituyese, había docenas y docenas de pandilleros que hacían el negocio individualmente, pero el trust los barrió a todos, quedándose ellos con toda la clientela.

—Pareces estar muy informada de lo que ocurrió.

Los ojos de la joven brillaron con un poco más de intensidad.

—Llevo más de un año en Hollywood y el deseo de hacerle pagar su merecido al culpable de la muerte de mi hermana me ha dado fuerzas para husmear en este vertedero.

—De acuerdo, encanto. Prosigue.

—Poco después de la guerra los pandilleros fueron objeto de atentados, muertes y otras calamidades. Quizá tú recuerdes las primeras páginas de los periódicos de aquellos tiempos. Incluso la Brigada de Represión del Vicio se sintió de pronto consciente de sus deberes y ayudó a sanear la ciudad. El pueblo aplaudió el gesto de las autoridades. California estaba asqueada de Hollywood y se llegó a pensar que muy pronto la meca del cine sería una ciudad modelo entre todas las de los Estados Unidos. Pero el pueblo no sabía que todo aquello era una pantomima. El único objetivo de aquella guerra declarada a toda la gentuza que traficaba en drogas era el de eliminar competidores por el procedimiento que fuese.

—Una estupenda idea para ganar millones. Me gustaría conocer al tipo que se le ocurrió.

—A mí también —apretó los labios Cathy.

—¿Aún no has conseguido dar con él?

—No, todavía no. Pero no pierdo la esperanza. Sacudí la cabeza y dije:

—Estamos de acuerdo en que esos magnates consiguieron tener el campo libre, pero ¿cómo se explica entonces lo de Amalfi y Charley?

—No se puede eliminar completamente la competencia cuando se trata de un negocio en que hay buenos beneficios. Además, los del trust necesitaban cabezas de turco para el caso de que trascendiese algo fuera. A veces un cliente se cansa de pagar o se va de la lengua. Si aquí no hubiese quedado ningún contrabandista, el pueblo habría pedido una seria investigación. Por ello era estupendo el tener siempre a mano a tipos como Luigi, como Charley, y otros muchos más. Pero naturalmente tampoco les interesaba que estos comerciantes de bajo calibre se cruzasen en su camino, y teniendo en cuenta esto, los del trust cogieron a quince o veinte antiguos proveedores de drogas y les autorizaron a vender la mercancía, siempre y cuando se limitasen a colocarla a personas cuyo bolsillo no fuese rentable. Ya sabes, hay centenares de artistas fracasados, chicas que han venido aquí buscando la fama, como mi hermana, y que al ver sus deseos frustrados se han entregado al vicio…

—Comprendo.

—El trust tiene una ley severa de castigo para aquel de los pequeños competidores que se atreva a pasarse de la raya.

—Por eso fue muerto Luigi, porque quiso llevar a su red a un pez gordo como Judy Betes.

—Exactamente.

—Me gustaría echar mano a esa pandilla de cerdos. ¿Quiénes son?

—Confieso que he adelantado muy poco en mi trabajo. Ya saqué a Luigi y a Charley lo que sabían. Únicamente se han entendido con un tipo llamado Stephen Zilming. Fue quien les impuso de sus obligaciones. Sólo lo han visto en dos o tres ocasiones y siempre aquí.

—¿Lo has llegado a ver tú?

—No.

—¿Dónde lo podría encontrar?

—Tampoco lo sé. Fruncí el ceño.

—¿Eso es todo lo que has hecho en un año, pequeña? Levantó los hombros con un gesto de decepción.

—Nada más que eso. Ya sé que es bien poco —hizo una pausa y añadió—: por ello me he confiado a ti.

—¿Por qué?

—He creído que tú me podías ayudar.

—¿Qué es lo que te ha inspirado tal idea?

—Tu serenidad y la forma en que te desembarazaste de Charley cuando te amenazaba con el revólver. Viniste aquí por un informe y querías salir con él pese a todo.

La miré durante un rato y, finalmente, con las manos metidas en los bolsillos, di un paseo por la habitación.

—¿Sabes por qué estoy metido en esto? —pregunté deteniéndome, y agregué sin esperar su respuesta—: Una chica, la secretaria de Judy Betes, me rogó que salvase a la actriz. Le ha tomado cariño y no quiere que Judy se destroce a sí misma continuando por la pendiente que la llevará irremisiblemente al fracaso y la desesperación. Ella ahora es una artista mimada por el público, pero si continúa tomando drogas, muy pronto se marchitará su belleza, que es precisamente la más importante razón de su éxito.

—En tal caso nuestros intereses son comunes, Jimmy —se apresuró a decir ella—. Si tú quieres ayudar a Judy Betes, no tienes más remedio que dar con la verdadera personalidad que mueve los resortes de este enorme tinglado.

—No parece que sea fácil.

—Hay algo que no te he dicho todavía, pero quiero tener la seguridad de que vas a seguir con este asunto.

—Está bien, cuenta con ello. ¿Qué es lo que me falta saber?

—Elaine Drean, la compañera de mi hermana, ha subido como la espuma. Ya no comparte ningún apartamento con nadie. Ahora tiene casa propia en Beverly Hills.

—¿Acertó en las carreras?

—No creo que sea eso.

—¿Un amiguito?

—También tengo mis dudas a ese respecto. ¿Por qué si fuese así,

había de estar trabajando?

—¿En dónde?

—En una agencia periodística. La Continental, de la Avenida Bolcom.

—¿Y tú crees que su prosperidad arranca del día en que tu hermana fue encontrada muerta?

—Se trata de una coincidencia, pero es así. Hubo un largo silencio.

—Bueno, pequeña. Creo que no tendré más remedio que echar un vistazo a esa agencia.

—¿Lo harás por mí, Jimmy? —preguntó ella, viniendo hacia mí.

Me había tropezado con demasiadas mujeres en aquellos dos días. Y como no podía ser menos, tratándose de unos hechos que ocurrían en Hollywood, las tres eran fuera de serie. Estaba hecho un verdadero lío. ¿Por quién realmente estaba metido en aquel berenjenal? ¿Era Judy Betes? ¿Roxanne Plata? ¿O bien ahora proseguía al pie del cañón por aquel bombón de Cathy Nolan? Pensé que, después de todo, ella estaba muy cerca de mí y no era un momento apropiado para filosofar. Me estaba mirando sonriente.

Ella hizo de su parte para que ambos recordásemos aquel momento. Cuando nos separamos le prometí:

—Encontraré a tu hombre, Cathy. Ya puedes estar segura de ello. Me dirigí hacia la puerta.

—¡Jimmy! —llamó de pronto.

Volví la cabeza y la vi en medio de la habitación con el pecho agitado.

—¿Qué, preciosa?

—Ten cuidado, ¿quieres?

Era una mujer delicada. Asentí con la cabeza e inmediatamente me marché.

CAPÍTULO VI

Cuando salí de la casa miré instintivamente hacia la acera de enfrente y vi a un tipo retrepado en una fachada leyendo un periódico. Él me estaba mirando a mí y de pronto alzó el diario cubriéndose con él la cara. Solté una risita para mis adentros. Así pues, me estaban vigilando.

«Grandísimo cabezota —me dije—. Te has metido en un buen lío que no te atañe para nada. ¿Qué clase de calabaza tienes sobre los hombros?».

Acaricié la pistola en el bolsillo y juré para mis adentros hacer uso de ella antes de emitir mi último suspiro.

Me detuve dos manzanas más arriba, ante el escaparate de un establecimiento de artículos de lencería, y vi reflejado en él al fulano del periódico que me seguía por la otra acera.

Yo estaba haciendo como que miraba el escaparate y el fulano pasó de largo. Vestía un traje gris algo usado y un sombrero de fieltro cuya ala se abatía casi perpendicularmente sobre la nariz.

Iba a dar ya la vuelta cuando en el cristal vi otra cosa que me dejó asombrado. Había un segundo tipo que estaba mirando hacia el lugar en que yo me encontraba detenido, y que también circulaba por la otra acera. Era rechoncho, de cara ancha y nariz chata.

Siguió adelante y también se perdió del escaparate, pero yo desvié la cabeza y vi al primero parado ante la puerta de un bar. El gordo pasó por su lado y tomó posición en una cercana parada de autobuses.

¡Canastos! ¿Es que era tan importante que me habían destinado dos hombres para liquidarme? Empecé a maldecir la idea que tuve de visitar a Charley… ¡pero aún no había quedado vacía la caja de las sorpresas! Estupefacto contemplé a un tercer personaje de

mediana estatura, huesudo, vestido de marrón, que tras dirigirme una intensa mirada desde el otro lado de la calle, dio media vuelta y se metió en un patio oscuro; pero estaba seguro de que yo era el objeto de su interés y casi pude ver brillar sus ojos cuando me volví para mirarlo directamente.

Quedé allí inmóvil mirando otra vez el escaparate, esperando ver desfilar más gente, pero aunque pasaron muchos peatones, ninguno de ellos me dio a entender que yo les preocupase. De todas formas, tres personas que le siguen a uno, de buenas a primeras, era un buen récord para tenerlo en cuenta. Reanudé pensativo mi camino.

Como cosa de un cuarto de milla más allá me detuve y simulé atar el cordón de un zapato.

Miré disimuladamente hacia atrás y vi mezclados entre la gente a los tres, separados uno de otro.

Oí la música que desparramaba una virola y al levantar la mirada descubrí un bar. Me metí en él y ocupé una mesa que había frente a la barra.

Mis seguidores llegaron por tuno riguroso.

El primero en entrar fue el del sombrero de fieltro. Se detuvo un instante en el umbral dirigiéndome una mirada y luego se subió en un taburete casi enfrente de mí.

Me levanté y fui hacia él.

—¿Qué le parece si le digo adónde voy y esta noche nos reunimos para contarle mis aventuras?

El sujeto en cuestión se volvió. Era un joven de unos veintidós o veintitrés años.

—Perdón, señor —dijo—. No lo entiendo.

—¡Déjese de pamplinas! Le puedo hacer otra proposición. Lléveme a donde está su jefe y brindaremos por la armonía y bienestar del país.

Mi interlocutor enarcó las cejas.

—¿Está en su sano juicio? —preguntó.

Abrí y cerré el puño y él retrocedió un poco asustado.

—¿Llegamos a un entendimiento o no? —sugerí. El joven tragó saliva.

—Usted gana, señor Rodes.

—¿Conque me conoce, eh? Ahora sólo falta que diga su nombre

y estaremos a la par.

—Soy Michael Carson. Fruncí el entrecejo.

—Sí. El periodista del *Star* a quien usted telefoneó esta tarde preguntando la dirección de la viuda de Luigi Amalfi —Carson sonrió—. No me tragué lo que usted dijo sobre los veinticinco dólares que le debía al muerto, así es que me dirigí a casa de la señora Amalfi y lo esperé.

La cosa era tan graciosa que estuve a punto de soltar una carcajada.

—¿Un sabueso periodista, eh?

—Exactamente, señor Rodes —admitió—. Al recibir su llamada olfateé que había algo de bueno en este caso, y me prometí no abandonarlo hasta reducirlo a pulpa. ¿Qué es lo que hay detrás de la muerte de Luigi Amalfi, señor Rodes?

No me convenía decirle nada por el momento. Era muy joven y tenía demasiadas ganas de triunfar. Si le contaba lo de las drogas seguro que lo soltaría en su periódico.

—Venga a mi mesa —le invité.

Nos sentamos y pedí dos *whiskys* sin soda. Mientras los servían me fijé en la barra. Los otros dos tipos ya habían ocupado sus taburetes. Estaban separados por varios clientes. El huesudo era el que estaba más cerca de nuestra mesa. Por ahora habían adoptado una actitud pacífica, entretenidos en acabar a pequeñas dosis el *whisky* y la
coca-cola
que, respectivamente, habían pedido.

Miré a Carson y le dije:

—Escuche, amigo, acertó usted en suponer que lo de Luigi Amalfi no se trata de un simple caso de ajuste de cuentas —sus ojos brillaron codiciosamente—. Pero no estoy en posición de explicarle los detalles ahora. Me falta mucho camino por recorrer. ¿Qué le parece si espera un poco? Naturalmente tiene mi promesa de que contará con la exclusiva.

Hizo un gesto de decepción pero finalmente accedió.

—Está bien, señor Rodes.

—Necesito su ayuda.

—De acuerdo. ¿Qué quiere?

—¿Ha oído hablar de la agencia periodística Continental?

—Sí. ¿Qué pasa con ella?

—¿Qué clase de negocio es?

—No debe producir malos beneficios porque tiene un gran número de suscriptores. Comprenderá enseguida el asunto. La Continental se encarga de coleccionar recortes de periódicos y revistas sobre un tema o una persona determinada. Por ejemplo: ¿Una actriz de Hollywood quiere reunir las críticas de los principales periódicos del país respecto a sus filmes? La Continental se ocupa de ello mediante un abono. Casi todos sus clientes pertenecen a la colonia cinematográfica. Directores, decoradores, artistas, dibujantes…

El mozo dejó los dos *whiskys* sobre la mesa y bebimos. Yo me había quedado pensativo y Carson preguntó:

—¿A qué viene eso de la Continental? Tenía que mentirle y lo hice:

—Luigi Amalfi estaba suscrito a la Continental y yo no sabía por qué.

—Probablemente estaría interesado por cualquier cuestión. Hay quién saca su abono para informarse de todos los resultados de los partidos de
base-ball.
Otros quieren coleccionar cuanto se refiere a los progresos de la aviación o a las pruebas sobre proyectiles teledirigidos. En fin, cada uno tiene su *hobby*…

Miré hacia la barra. Los dos tipos continuaban allí sentados y sabía que me estaban mirando en el espejo que había enfrente. Me estaba cargando ya su presencia. Nunca me ha gustado que husmeen a mí alrededor. Me los tenía que quitar de encima.

—Atienda, Michael —dije al periodista—. Hay dos fulanos que me están pisando los talones. Ahora se encuentran en el bar y necesito desembarazarme de ellos. Me va a ayudar. No mire. Quédese tranquilo.

Carson se humedeció los labios con la lengua.

—¿Cómo quiere que colabore con usted?

—Será muy sencillo, pero no ha de tenérmelo en consideración. Recuerde que cuenta desde ahora con la exclusiva.

Me miró un poco perplejo, pero sacudió la cabeza en sentido afirmativo.

Rápidamente lo cogí por el cuello de la camisa, lo levanté de un tirón al mismo tiempo que lo hacía yo y le solté un puñetazo en la barbilla. Había tomado puntería con anterioridad y el periodista fue a estrellarse contra el taburete en que se sentaba el rollizo. Los dos hombres cayeron al suelo armando un ruido de mil diablos.

En un instante todos los clientes que se hallaban cerca vinieron hacia aquel lugar.

Era mi momento y eché a correr hacia la puerta. En eso el huesudo saltó para interceptarme el paso, pero yo le sacudí fuerte en el estómago y luego le golpeé la cara con el antebrazo tirándolo encima de Carson y el gordo.

Todo sucedió muy aprisa. Un mozo casi me alcanzó en el momento en que cruzaba la puerta, pero me volví y le descargué un mazazo en el hombro. Se desplomó allí mismo e interceptó la posible salida de mis perseguidores.

Eché a correr por la acera y un poco más abajo vi un taxi libre. Me colé dentro y di al conductor la dirección de los estudios de la Monumental Pictures.

El conserje de la Monumental Pictures me conocía y me dejó entrar. Apenas crucé la verja un empleado pasó por mi lado y le detuve.

—¿Querría indicarme en dónde puedo encontrar a Néstor Devine?

—¿El decorador? —asentí con la cabeza y añadió—: lo encontrará en el cuarto set. Está allí preparando unos fondos para la película *Muerte con ritmo de mambo*. Buen título, ¿eh, amigo?

Se alejó de mí sin esperar una respuesta y yo me dirigí al set número cuatro.

Al fondo de la gran nave unos cuantos hombres montaban un decorado. Me acerqué a ellos y pregunté:

—¿Néstor Devine?

Se volvió un tipo atlético, de anchas espaldas, cara redonda, ojos hinchados y labio inferior colgante.

—Yo soy. ¿Qué pasa?

—Quisiera hablar con usted —y tras una pausa puntualicé— a solas. Me miró de pies a cabeza y finalmente asintió:

—Está bien. Venga conmigo.

Me llevó a un rincón no muy bien iluminado y se cruzó de

brazos.

—Aligere, amigo. Tengo prisa.

—Terminaremos enseguida, si así lo quiere usted —dejé que rumiase mis palabras y luego pregunté—: ¿Qué pasó después que usted dijo a la señorita Betes que Luigi Amalfi le proporcionaba los cigarrillos?

Se quedó tan quieto que estuve tentado de levantar un dedo y tocarle la cara por si había sido víctima de un colapso.

Al fin, pudo preguntar:

—¿En qué clase de idioma habla usted?

—En el suyo, amigo, puro inglés.

—Lo siento, compañero. Usted debe estar por las primeras letras. Cuando haya terminado todo el libro vuelva a visitarme.

Echó a andar para alejarse de mí, pero yo lo cogí por un brazo y le pegué un tirón.

—¿Qué hace? —barbotó furioso—. ¿Sabe que esto le puede costar caro?

—¿De veras? ¿A quién va a llamar en su socorro, a la policía? Quizá a ella le interese saber de dónde saca usted las fuerzas… ¿o son sólo las ideas?

Hizo una mueca.

—Escuche, amigo, quienquiera que sea usted. No le he visto en mi vida, no sé una palabra de lo que empezó a decirme y tampoco me interesa.

Hablé despacio, procurando que las palabras silbasen contra los dientes:

—Abandone esa actitud, Devine. Sé que fuma usted cigarrillos de heroína y que se los proporcionaba Luigi Amalfi, el hombre que apareció muerto esta mañana en la costa.

Su preocupación se hizo visible.

—¿De la policía?

No afirmé ni negué y dejé transcurrir unos segundos sin apartar mis ojos de los suyos.

Empezó a ponerse nervioso y se humedeció los labios con la lengua.

—No tengo nada que ver con eso. Me enteré por los periódicos —abrió al fin el grifo—. No veía a Luigi desde hace más de una semana.

—¿Qué más?

Se pasó una mano por la barbilla, cada vez más inquieto.

—Es cierto que le debía trescientos dólares, pero eso no era motivo para que yo lo liquidase. Se los pensaba pagar. Tenía pensado no volver a fumar más. Me he enamorado de una chica y quiero empezar una nueva vida.

¿Cuántos habría que dirían lo mismo? Muchos propósitos, pero a las primeras de cambio aquel tipo sin voluntad volvería a caer en el vicio.

—Eso puede contárselo a su mamá —le repliqué—. A mí no me interesa. Lo que me importa es otra cosa.

—¿Qué es ello?

—Usted puso a Judy en relación con Luigi.

—Sí —admitió.

—Pero ahí no quedó la cosa. Algo ocurrió después. Eso es lo que quiero que me diga. Empezó a hacer extraños visajes con la cara.

—No pasó nada —dijo.

—Poco convincente.

—Tiene que creerme. Nada ocurrió. Aquello fue cuenta de la señorita Betes. Un día me sorprendió fumando y yo la rogué que no dijese nada. Eso fue hace muchos meses. De pronto, la semana pasada me lo recordó. Ella también quería cigarrillos.

—Todo eso ya lo sé. ¿Qué ocurrió después?

Echó la cabeza hacia atrás y respiró como si le faltase oxígeno. Antes de que pudiese darse cuenta le solté una bofetada con el revés de la mano. Resonó como un trallazo, pero la gente estaba hablando a lo lejos y probablemente creyeron que había caído algo al suelo.

Devine me miró con ojos perplejos.

Medía un par de pulgadas más que yo y me llevaba lo menos veinte kilos de peso, pero le sobraban más de treinta. El vicio hace estragos en los hombres. A unos los deja delgados como cañas y a otros gordos como sapos. Éste era de los segundos.

—Suéltelo ya —le dije, con voz ominosa.

Habló rápidamente, sin hacer apenas inflexiones.

—Se me presentaron dos hombres. No los conocía. Pero no fue aquí, sino en mi apartamento. Uno de ellos me enseñó una pistola. Me preguntaron por Judy Betes… Les tuve que decir la verdad. Yo le había dado el número de teléfono de Luigi. Luego se marcharon.

No les he vuelto a ver más.

Quedó respirando entrecortadamente, como si acabase de subir la escalera del Empire State.

—Está bien —dije—. Sabía que te portarías como un buen chico. Pero recuérdalo, yo no he dicho que sea de la policía.

El temor fue desapareciendo poco a poco de su rostro.

—¿No lo es?

—No.

—¡Maldito sea!

No creí que fuese a hacer nada, pero por si acaso le pegué otra vez en el mismo sitio de antes y mi reacción lo dejó más asombrado. Era un tipo cobarde. Lo empujé y abandoné aquel set dirigiéndome a aquél en que se filmaba *Tiros y puñetazos.*

Estaban tomando una escena en la que intervenía la protagonista Judy Betes y el galán John Davis. Éste, con aíre de fanfarrón, una greñita de pelo cayendo sobre la frente, el nudo de la corbata muy bajo, en mangas de camisa, tenía que abofetear a la espléndida actriz. Le pegó con muy poca fuerza y Meredith saltó de la silla hecho una furia ordenando que cortasen. Se acercó a Davis y empezó a soltarle un sermón sobre la forma en que debía atizar a Judy.

Vi en un rincón a Roxanne y fui hacia ella. Cubría su esbelto cuerpo con un vestido de hilo blanco que se pegaba a sus formas como la piel a la carne. Tenía las piernas desnudas y ligeramente bronceadas, y calzaba unas zapatillas deportivas. Oyó mis pasos y volvió la cabeza. Sus labios me sonrieron.

—¿Qué tal, Jimmy?

—Necesito hablar con usted.

Uno de los ayudantes nos siseó para que guardásemos silencio y Roxanne me asió de la mano y me llevó con ella. Poco después nos encontrábamos en el bar.

Llegó un mozo y encargué dos *whiskys*.

—¿Alguna noticia, Jimmy? —preguntó cuándo quedamos solos.

—Muchas —contesté mientras le ofrecía el paquete de cigarrillos. Encendimos ambos y esperamos a que el mozo trajese las bebidas.

—Contésteme a una pregunta, Roxanne —requerí después de beber un trago—. ¿Está suscrita Judy a la agencia de informaciones

Continental?

—Sí.

—Me lo suponía.

—No lo comprendo. ¿Qué quiere decir con ello?

—¿Qué es lo que recibe Judy de esa agencia? ¿Noticias de los periódicos del país respecto a sus actuaciones?

—No, de eso se encargan sus agentes y el departamento de publicidad de los estudios. Son los gajes de una artista de fama. Judy sólo recibía de la Continental recortes sobre las modas de Londres, París y Roma.

—¿Por qué dice «recibía»?

—Bueno, el caso es que los va a volver a recibir. La suscripción se hace por anualidades y hace dos semanas Judy terminó la suya. Le recordé que debíamos renovar el abono, pero me dijo que no lo pensaba hacer. Luego ha cambiado de opinión.

—¿Cuándo?

—Esta mañana. Me ordenó que concertase otro abono por un año.

—¿Lo ha hecho usted?

—Sí. Esta misma mañana llamé a la agencia.

—¿No hay nada más?

—Judy me encargó que solicitase de la agencia el envío de unas fotografías respecto a unos modelos de París que había visto en la televisión.

—¿Lo han enviado ya?

—Sí. Un mensajero trajo el paquete al estudio. Judy lo tiene en su camerino.

Me levanté rápidamente e hice una seña al mozo, a quien pagué el importe de la consumición agregando un dólar de propina.

Roxanne me miró un poco perpleja.

—¿Qué pasa, Jimmy?

Me agaché sobre ella y le susurré al oído:

—Vamos a cometer un asalto. Usted y yo. Necesito echar una mirada a esas fotografías de modas.

La agarré del brazo antes de que pudiese replicar y la levanté.

—Pero Judy se dará cuenta de que hemos abierto el paquete —objetó mientras salíamos del bar.

—Usted me contrató para que ayudase a la señorita Betes. No

estoy haciendo otra cosa, Roxanne. El ver esos modelos forma parte de mi trabajo.

Ella no hizo más preguntas y cuando llegamos ante el camerino lo abrió utilizando una llave. Pasamos dentro y cerré a mis espaldas. Roxanne se dirigió al tocador de Judy Betes y, abriendo un cajón, extrajo un paquete envuelto en papel fuerte y atado con un cordón. Mientras lo tomaba en mis manos, pregunté:

—¿No le parece que está demasiado bien preparado para que contenga simples fotografías?

Cogí unas tijeras de encima del tocador y en un instante corté el cordel y rasgué la envoltura. Quedó al descubierto una carpeta color rosado. Tiré de la tapa estupefacto al ver que, efectivamente, lo que había dentro eran unas cuantas fotografías de vestidos femeninos. Había una veintena, por lo menos, y eran bellos ejemplares de papel couché. Detrás de cada una de ellas estaba la firma de un modisto de París.

Di un resoplido y dejé el envío de la agencia Continental sobre la silla.

—¿Qué esperaba encontrar? —preguntó Roxanne.

—Lo hubiese jurado por todos mis antepasados.

—¿El qué, Jimmy?

—Que ahí dentro habría una buena tira de cigarrillos de heroína.

—¿Heroína? —repitió con perplejidad.

—Sí, querida. Es la clave de la cuestión. Lo que le pasa a Judy Betes es que se ha habituado a la droga. Ha subido demasiado aprisa y alto, y está agotada. Alguien le sugirió que fumase un cigarrillo de ésos y se sentiría sobre un lecho de nubes. Probó el primero y lo encontró de su gusto. Naturalmente llegó un momento en que no pudo prescindir de ellos. Hasta entonces probablemente la mercancía la recibió en plan de amistad, pero en un momento determinado le dijeron que no tenían más, y entonces entró en juego la agencia Continental.

—¿La Continental?

—Sí, tesoro. Esos fulanos tienen montado un buen negocio. Emplean el subterfugio de los recortes de periódico, pero en realidad lo que los clientes reciben es la heroína.

—¡Pero si Judy sólo paga cincuenta dólares al año por el

servicio!

—Naturalmente, tiene que ser así para evitar toda clase de sospechas, Los clientes pagarán clandestinamente un buen pellizco por los cigarrillos.

Roxanne se sentó en el borde de un diván.

—Es increíble —murmuró.

—Le contaré el resto de la historia tal como la he construido yo. Judy era casi una desconocida hace dos años. Hoy día es una actriz muy famosa en Hollywood. Naturalmente, los fulanos están al corriente de todo esto y se han dicho que ella tenía una buena oportunidad de soltarles una cantidad superior a la que venía pagando hasta la fecha. Se lo hicieron saber a ella, pero Judy reaccionó desfavorablemente. No estaba dispuesta a dejarse robar. Judy había conocido a un decorador, un tal Néstor Devine, un hombre que también es adicto a la heroína. Pero él no tenía cuartos y se las entendía con dos mercachifles de bajo calibre, que dicho sea de paso, eran tolerados por el trust que sé esconde tras la Continental. Judy solicitó a Devine que le sirviese de intermediario, y el decorador le facilitó el nombre de sus proveedores habituales, que resultaron ser Luigi Amalfi y Charley Leed. Éstos tenían montado un negocio de drogas en pequeña escala. Devine dio el número de teléfono a Judy y ésta se puso en contacto con ellos. Luigi y Charley habían recibido órdenes del trust de no meterse con los peces gordos que eran clientes de la Continental. Pero Luigi vio una buena ocasión de hacerse con unos dólares extra y decidió ignorar tal prohibición. Prestó la conformidad a Judy para servirle la mercancía, pero le expuso la conveniencia de que no fuese ella personalmente, sino que mandase a algún emisario a la calle del Encinar donde él estaría esperando.

—Suponiendo que todo haya ocurrido como usted dice, ¿cómo se enteraron los de la Continental del trato que había entre Luigi y Judy?

—He solucionado ese aspecto de la cuestión hace un rato. De ello se encargó Néstor Devine, quien amablemente se ha brindado a informarme.

—¿Amablemente? —sonrió Roxanne, escéptica—. Conozco a Devine y no es de la clase de gente que hace favores.

—Bueno, me costó un poco convencerlo. Pero al final cantó. De

todas formas, aunque él no me hubiese informado, tenía mi hipótesis. Los del *trust* debieron extrañarse de que Judy se negase a aceptar los cigarrillos de heroína mediante un nuevo abono, y debieron encargar a alguno de sus sicarios que la vigilase. Recuerde que se trata de una organización bien montada. Sorprendieron a Devine y a Judy conversando, y ataron cabos. Conocen perfectamente a los clientes de los comerciantes que ellos mismos toleran, y, por lo tanto, estaban al corriente de que Luigi era el abastecedor de Devine. No hicieron otra cosa que coger a Néstor por su cuenta, tal como yo he hecho, y hacerle escupir lo que había entre él y Judy, resuelto lo cual, no tuvieron más que seguirle los pasos a ella.

—Parece que todo encaja.

—No le quepa la menor duda. Es la historia completa.

Roxanne se quedó pensativa durante unos segundos y, de pronto, echó a andar y pasó a un cuarto interior del camerino, de donde regresó a poco con un cofrecillo. Lo puso en el tocador y dijo:

—Está cerrado.

Miré al cofre y pregunté:

—Sospecha ¿que puedan estar ahí los cigarrillos de heroína?

—Cuando esta mañana llegamos al camerino, este cofre estaba sobre el tocador.

Siempre lo está. Ahora de pronto, he notado su ausencia.

—¿Qué acostumbra a guardar ahí Judy?

—Las joyas que trae consigo, de las que tiene que desprenderse cuando se somete a los maquilladores. El mensajero pudo haberle dado el paquete con las fotos y los cigarrillos en un envoltorio aparte.

Me acerqué a ella e inclinándose ligeramente, la besé en los labios. Roxanne agrandó los ojos.

—¿Qué hace?

—Consiguió usted el premio. Ahora el beso. Pase mañana a recoger la lavadora.

Sonrió, haciendo un mohín.

—No comprendo cómo tiene usted humor para gastar bromas. Parece un chiquillo. Cogí otra vez las tijeras y apliqué la punta más estrecha a la cerradura del cofre.

—¿La va a hacer saltar? —inquirió Roxanne.

—No hay más remedio si es que usted quiere que sigamos ayudando a Judy. Suspendí mi trabajo para observarla e hizo un movimiento afirmativo con la cabeza. En un instante, la cerradura saltó y abrí la tapa.

Dentro había unos pendientes, un broche, un anillo y algo envuelto en papel azul y sujeto con una goma. Retiré aquél, quité la goma y apareció un paquete de cigarrillos «Chesterfield». No se diferenciaba en nada de los demás de su clase, pero yo sabía que era dentro donde estaba la diferencia. Quité rápidamente el celofán y rompí un trozo de papel de estaño. Pude ver cinco cabezas correspondientes a otros tantos cigarrillos y se los mostré a Roxanne.

—Véalo usted misma, ricura. La cosa está clara.

Aunque Roxanne había sido ya informada sobre lo que podía esperar, su rostro se tomó pálido. Me miró con ojos perplejos y preguntó:

—¿Qué va a hacer, Jimmy?

—Estropearles el negocio a esos tipos.

—Pero son gente poderosa. ¿Cómo lo va a lograr?

—Iré a hacer una visita al teniente Travers de la Brigada de Homicidios. Quizá él se interese por todo lo que he descubierto.

De pronto, la puerta se abrió de golpe y penetró en la estancia Judy Betes, la cual quedó inmóvil al vernos. Detrás de ella aparecieron el galán John Davis, el director Meredith, Jack Plumber, el agente de Judy y Samuel Hampdex, el director de *Filmogramas*.

Guardé rápidamente el paquete de cigarrillos en el bolsillo, pero no lo pude hacer tan bien que ella no se diese cuenta, y sus ojos relampaguearon de furia mientras me miraba fijamente. Dio unos pasos hacia mí y recabó:

—Deme eso.

Los hombres que también habían entrado en el camerino se interesaron por el asunto.

—¿Qué es lo que le tengo que dar, señorita Betes? —pregunté.

—Usted sabe lo que es —me espetó, inclinando la barbilla sobre el pecho como si fuese a saltar sobre mí.

La escena que acababa de rodar en el set transcurría en un país

tropical y ella llevaba muy poca ropa, una especie de blusa y una falda.

Yo estaba de espaldas al tocador y levanté la mano por detrás, la metí en el cofre, saqué el broche con el puño cerrado y lo introduje en el bolsillo. Luego no hice más que sacar otra vez la mano y abrirla ofreciéndole el broche.

—Lo siento, señorita Betes —dije—. Pero sólo iba a empeñarlo para poder comer. Sus ojos contemplaron el broche y se mordió el labio inferior, furiosa.

John Davis vino hacia nosotros y me miró con el ceño fruncido.

—Conque un ladrón, ¿eh?

—Se hace lo que se puede, señor Davis.

Reparó en mí unos instantes y me señaló con el dedo índice, reconociéndome.

—Oiga, usted es el tipo al que pegué una paliza el otro día.

—Seguro —admití—. Todavía me duelen los huesos cuando recuerdo los golpes que me dio.

Sonrió jactanciosamente.

—¿De veras, amigo? ¿Sabe lo que le digo? Quizá no le pegué demasiado. De haber sido así, estaría en el hospital y no habría intentado robar a la señorita Betes.

—Es posible —convine de nuevo.

Me miró de pies a cabeza y, abriendo y cerrando la mano derecha, dijo:

—Pienso que todavía no es demasiado tarde. Ahora va a cobrar la totalidad de la factura. ¿Quieres apartarte, nena?

Lo de «nena» iba por Judy Betes, la cual pensando que Cara de Perro me iba a reducir a pulpa, retrocedió unos pasos.

Roxanne, por el contrario, quiso evitar la pelea.

—No haga eso, señor Davis; en realidad, él…

Yo la atajé antes de que pudiese decir algo que no conviniese.

—Déjelo, Roxanne. Nuestro galán no ha estirado hoy los músculos y necesita un poco de ejercicio.

Cara de Perro distendió los labios en una sonrisa. Dejé el broche dentro del cofre y como me tuve que ladear para hacerlo, Davis aprovechó el momento para conectarme su derecha. Recibí el golpe en el cuello y salí lanzado por el aire. Tropecé en el camino con un sillón y me vine al suelo. Roxanne soltó un grito.

Me levanté tocándome el lugar en que me había pegado y miré ceñudo a Davis.

—Está bien, Cara de Perro —le dije—. Inténtelo otra vez.

Davis soltó una carcajada y vino hacia mí con el ánimo de convertirme en jalea. Cuando lo tuve a una buena distancia le descargué un mazazo en el estómago. Se dobló tan rápidamente por efecto del impacto que tuve que dar un salto para no ser alcanzado por su cabeza como por un martillo pilón. Su barbilla se incrustó en su pecho. Luego, como si fuese un muñeco, volvió a incorporarse con el rostro congestionado.

—¿Qué le pasa? —me interesé por él—. ¿Se siente mal?

Apretó los dientes y echó el brazo izquierdo hacia atrás para darme una réplica, pero yo no quería recibir más, y antes de que pudiese llevar a efecto su propósito, le asesté el puño izquierdo en la boca.

Salió disparado hacia atrás, al tiempo que un par de dientes repiqueteaban sobre el piso.

Meredith y Plumber evitaron que cayese de nuevo.

—Déjelo ya, Davis —exhortó humorísticamente el agente de Judy—. Rodes ya tiene bastante.

El sarcasmo hizo efecto en el duro de pacotilla, quien echando sangre por la boca se lanzó sobre mí como una res herida. Lo dejé llegar otra vez y le recibí con un derechazo en corto al hígado. Quedó en suerte, las piernas ligeramente entreabiertas y el testuz inclinado. Miré a Roxanne y dije:

—Va por usted.

Seguidamente lancé mi izquierda y cuando se produjo la colisión entre ella y el mentón de Davis, dio la impresión de que en el camerino se acababa de romper una vajilla completa. Cara de perro bizqueó y cayó en el suelo cuan largo era. Allí quedó inmóvil, tendido boca arriba.

Cuando la pelea hubo terminado, Meredith exclamó:

—¡Canastos! ¡Y pensar que llevo más de diez años queriendo filmar una escena como ésta…!

Me alejé hacia la puerta, y Judy gritó:

—¡Deténganlo! ¡Es un ladrón!

Plumber se movió hacia mí, pero yo me volví y lo miré con ganas de pelea.

—No ha habido tal robo —advertí, con voz ronca—. A la señorita Betes no le falta ninguna de sus joyas.

—Pero había algo… —empezó a decir ella.

Yo la miré a los ojos y fue suficiente para que se mordiese otra vez los labios y guardase silencio.

Salí definitivamente del camerino, y cuando estaba casi a mitad del pasillo me alcanzó Roxanne, la cual se prendió de mi brazo y acercó su mejilla a mi hombro.

—Ha estado estupendo, Jimmy.

—¿Tú crees, ricura?

Me miró con ojos chispeantes y me di cuenta de que le gustaba que la tutease. Salimos al patio, donde caía un sol de fuego, y nos refugiamos bajo la sombra de un árbol.

—Jimmy.

—¿Qué hay?

—¿No crees que vas a emprender una tarea superior a tus fuerzas? Después de todo, tú te ves envuelto en este embrollo por mi culpa. Yo te contraté para que ayudases a Judy.

Sacudí la cabeza, sonriendo.

—Has de recordar que sólo eres mi cliente honorario. Hubiera seguido adelante aunque no hubiese mediado tu intervención. Cuando se llevaron aquel cadáver de la casa me prometí llegar al final del misterio.

—¿Entonces?

—En lo que a mí se refiere, sólo tengo que ir a dar cuenta de todo a las autoridades. Luego quedaré apartado del caso y volveré a mis actuaciones cinematográficas. —Me rasqué el cogote, concluyendo—: Lo tuyo es peor. Judy se habrá dado cuenta de que sólo pude abrir el cofre con tu ayuda.

—Trataré de capear el temporal. ¿No lo hemos hecho por ayudarla a ella? Quizá lo comprenda.

—Será un poco difícil. Te llamaré más tarde para saber en qué ha quedado todo. Hubo un silencio y ella dijo:

—Eres todo un hombre, Jimmy. No sabes cuánto me ha gustado que le hayas dado un escarmiento a ese presumido de Davis. Por algún tiempo, no podrá dedicarse a firmar autógrafos para sus admiradoras.

Reía como una chiquilla satisfecha, y palabra que jamás había

visto a nadie hacerlo con aquel encanto.

CAPÍTULO VII

El teniente Travers se levantó de un salto cuando penetré en su despacho. Cerré a mis espaldas con cuidado y di unos pasos hacia la mesa tras la que se encontraba mirándome con el ceño fruncido.

—No me diga que viene a decirme que ha encontrado otro cadáver, señor Rodes —me espetó por la comisura de la boca.

Sonreí suavemente y señalé un sillón.

—¿Me puedo sentar?

Vaciló unos instantes, pero finalmente asintió con la cabeza. El también lo hizo en un sillón giratorio que crujió bajo su peso. Ahora me observaba con precaución.

Saqué el paquete de «Chesterfield» que había sustraído del cofre de Judy y saqué un cigarrillo.

—¿Fuma usted, teniente?

Asintió y yo le eché el cigarrillo al aire. Me quedé jugueteando con el paquete mientras lo encendía, lanzó una bocanada de humo y dijo:

—Está bien, Rodes. Vaya al grano.

—He vuelto a ver el cadáver.

Se echó hacia delante sobre la mesa y apretó con firmeza los labios.

—Supongo que habrá sido en sueños, ¿verdad?

—Nada de eso. Lo vi fotografiado en la segunda página del *Star* esta mañana. Hubo una larga pausa.

—¿Luigi Amalfi? —inquirió, escéptico.

—El mismo, teniente. Fue el tipo que yo vi muerto en la calle del Encinar. Estuvimos un rato mirándonos sin decir nada.

—Confieso que tiene usted imaginación —declaró—. Un truco publicitario para su regreso a la profesión de detective. Está

primero en una habitación, y luego, al muerto, se le ocurre ir a tomar el baño.

Dio otra chupada al cigarrillo y yo esperé un buen rato sin decir nada.

—Hay algo más, teniente. A partir del momento en que descubrí el cadáver de Amalfi, he trabajado mucho.

—Apuesto a que encontró un buen argumento para un guión. Ignoré su interrupción.

—Mejor que eso. He dado con un verdadero vertedero.

—¿Qué clase de fantasía posee usted?

—Ninguna. Le estoy hablando de hechos. ¿Qué sabe de la muerte de Luigi?

—Era un delincuente de baja estofa. Cualquier tipo de su misma calaña lo pudo liquidar.

—Anda un poco despistado. Usted sabrá que Luigi se dedicaba a los estupefacientes.

—Desde luego que sí. Tenía un pequeño negocio.

—Ahora vamos mejor. Luigi desarrollaba su comercio en pequeña escala, pero se le ocurrió que podría sacar unos dólares más ampliándolo, y se atrevió a ponerse en contacto con una actriz famosa. Su propósito era servirle cigarrillos de heroína, pero hay una pandilla que se encarga de proporcionar la droga a las grandes personalidades y no podían consentir que Luigi les quitase un cliente. Por eso se lo cargaron.

Los ojos del teniente Travers se achicaron bajo las espesas cejas.

—Suponga por un momento que lo creo. ¿Dónde están las pruebas?

—Las está quemando usted.

Se quedó un rato sin comprender y de pronto observó el cigarrillo, me miró otra vez y al ver mi sonrisa tiró el cigarrillo al suelo, exclamando mientras se incorporaba furioso:

—¡Maldita sea! ¿Qué clase de broma es ésta? Yo también me levanté.

—No es ninguna broma. —Le tiré el paquete de cigarrillos y él lo cogió—. Examínelos. El único que falta es el que acaba de fumar usted. Esos cigarrillos se los proporcionó cierta agencia periodística que lleva el nombre de Continental, a la actriz de que le hablé antes, Travers miró un rato el paquete de cigarrillos y luego volvió

a su sillón y se sentó.

—Creo que le voy a escuchar, Rodes.

Encendí uno de mis cigarrillos y a continuación le solté todo cuanto había descubierto en el curso de aquel día, silenciando tan sólo los nombres de las personas que no quería ver mezcladas en el asunto.

Cuando hube terminado, el teniente tamborileó con los dedos sobre la mesa.

—¡Demonios! Eso es algo verdaderamente increíble. Se ha repetido una y mil veces que la ciudad había quedado limpia de tal clase de gente. Sabíamos que individuos como Amalfi y algún otro se dedicaban a ese negocio, pero apenas le dábamos importancia.

—Usted pertenece al departamento de Homicidios y es lógico que no estuviese al corriente de la realidad. Pero ¿qué me dice de la Brigada de Represión del Vicio?

Travers hizo una mueca como si le acabase de colocar ante la nariz una sardina pescada una semana antes.

—Está al frente de ella el capitán
O'Hara.

—¿Qué tal es?

—Un poco difícil de tratar. Desde luego, a mí nunca me han gustado sus maneras. Es muy puntilloso en lo que se refiere a su esfera de competencia. Lo siento, Rodes, pero creo que puedo hacer muy poco por usted.

—Ésa sí que es buena. ¿Cree que voy a enfrentarme sólo con esa gente que se esconde tras la fachada de la Continental?

Se rascó el cogote, y después de mirarme fijamente, sacudió la cabeza y descolgó el micro.

—Póngame con el capitán
O'Hara
—dijo al auricular. Y después de esperar unos segundos, continuó —:
¿O'Hara?
Sí, soy Travers… Me ha venido a visitar un tal James Rodes. Ha empezado a exponerme un asunto y yo le he parado los pies, porque creo que te incumbe a ti. De acuerdo… Ahora te lo mando.

Colgó y respiró profundamente.

—Salga al corredor y tire a la derecha.

O'Hara
tiene su despacho al fondo. Verá su nombre sobre la puerta.

Alargué la mano y él me puso sobre la palma el paquete de cigarrillos.

—Fiero, ¿eh?

—Sí, Rodes. A veces muerde. Tenga cuidado con él.

Le sonreí y salí fuera. Caminé por el pasillo y me crucé con dos agentes que me cedieron el paso. Llegué ante la puerta de vidrio esmerilado sobre la que se leía: «Brigada de Represión del Vicio». Llamé con los nudillos.

—Adelante —autorizó una voz ronca.

Pasé dentro y eché una ojeada al tipo que había detrás de una mesa llena de papeles. Henry
O'Hara
estaba por los cuarenta años de edad y era robusto, de cabeza grande, cara ancha, ojos verdosos muy brillantes y enorme papada bajo la barbilla. No se levantó mientras me dirigía hacia él.

—Usted es Rodes, ¿eh?

Hice un movimiento afirmativo con la cabeza y me señaló un sillón de cuero rojo.

Me senté en él y se puso a encender un largo cigarro. Apartó éste un instante de su boca, y dijo:

—Puede empezar cuando guste.

Le repetí todo lo que le había soltado a Travers y ni siquiera por una vez me interrumpió. Finalmente, cuando terminé de hablar puse el paquete de cigarrillos «Chesterfield» sobre la mesa, y lo empujé hacia él.

Él lo examinó tristemente y preguntó:

—¿Quién ha fumado el que falta?

—Quise gastar una broma a un amigo.

—Mal asunto —murmuró—. Con tal acción se ha convertido usted en traficante de drogas.

—Puede usted fumarse el resto. Esta noche tengo que ir a la costa a recoger un par de toneladas más.

No le gustó el chiste. Levantó la mirada e intentó fulminarme, pero sus ojos no poseían el rayo de la muerte y yo me quedé como estaba.

—¿Sabe lo que pienso, Rodes? Que es usted un tipo con mucha

imaginación. —Dio una chupada al cigarrillo y arrojó un chorro de humo hacia el techo. Luego prosiguió—: Ésta es la ciudad más honesta que hay en la parte oeste del país. En el quinquenio
1946-1950
se realizó aquí una verdadera limpieza. Ni el propio Dewey hizo tanto en Nueva York, ni siquiera el senador Kefawer con su comisión del Crimen.

Hablaba con voz cansada, como si se estuviese dirigiendo, por puro compromiso, a un público facilón del que esperase, cuando pusiese punto final, un ferviente aplauso.

—Usted es joven, Rodes, y por aquel entonces estaría muy lejos de este lugar, pero se asombraría si le dijese lo que tuvimos que pelear con aquella gentuza que se había convertido en dueña de la ciudad. Frank Costello y Lucky Luciano tenían aquí más influencia que en sus propios feudos. Había unos cuantos testaferros como Jim *el Proscrito*, Johnny Dado y otros de su ralea, con los que nos tuvimos que jugar el tipo. Pero al final los expulsamos, y a los que no nos hicieron caso se lo hicimos pagar caro, metiéndolos por una temporadita en San Quintín. Yo entonces era un vulgar sargento, y ya lo ve, hoy soy capitán. No me gusta hablar de mí mismo, pero sepa que mis ascensos sólo los obtuve porque cuando llegó la hora cumplí como el primero. Algunos de nuestros compañeros sucumbieron en la pelea, pero su sacrificio no fue estéril.

Le interrumpí con voz monótona:

—Desde el cielo contemplarán con orgullo esta ciudad que fue de ellos, limpia, incontaminada, libre de toda ponzoña…

El silencio que siguió a mis palabras fue tan grande que una mosca emprendió el vuelo desde un extremo de la mesa y dio la impresión de que lo que pasaba sobre nuestras cabezas era un aparato de propulsión a chorro.
O'Hara
me miró con ojos desprovistos de toda emoción. Me levanté y dije:

—Siento haberle hecho perder su tiempo, capitán. Hasta la vista.
Di media vuelta y me dirigí hacia la puerta. De pronto, él preguntó:

—¿Qué es lo que va a hacer, Rodes?

Giré sobre mis talones y lo miré fijamente:

—Es cuenta mía,
O'Hara.

Salí en el momento en que Travers también lo hacía de su despacho. Coincidimos en la calle.

—No hace falta que me diga nada —sugirió él.

—¡Basura!

Sacudió la cabeza y se miró la punta de las botas.

—Necesito medias suelas, pero no podré ponerlas hasta que llegue la otra paga. En mi casa me esperan todos los días mi mujer y cinco hijos.

—Es usted un hombre honrado, Travers. Pero me indigna el que existan tipos como
O'Hara.

—Los hay en muchos sitios, pero no por ello se debe sacar conclusiones en general.

Echamos a andar calle abajo. Permanecimos en silencio un buen rato como si nos hubiéramos puesto fácilmente de acuerdo, y nos metimos en un bar donde nos sentamos ante una mesa. Los dos pedimos café con leche y empezamos a beber. Encendimos cigarrillos.

—No me gustaría que le pasase nada, Rodes —dijo de pronto.

—Gracias, teniente. Pondré cuidado.

—¿Quiere decir que va a seguir adelante?

—Sí.

—Debe estar loco.

—Quizá sea eso —sonreí al café con leche—. Resulta paradójico, ¿verdad, Travers? ¿En qué clase de mundo vivimos? Se tacha de perturbada a una persona que se levanta contra la injusticia, la opresión o la ilegalidad.

—Lo siento. No lo tenga en cuenta. Sobrevino otro largo silencio.

—Mientras usted hablaba con
O'Hara,
hice unas cuantas llamadas —declaró. Lo miré porque sus palabras habían despertado mi curiosidad.

—¿Qué ha conseguido saber?

—La Continental es una sociedad anónima.

—Me lo suponía.

—Existen unas cuantas cabezas visibles, pero son gentes sin antecedentes. En ese aspecto, no hay nada que hacer. El que

aparece como ejecutor es un tal Stephen Zilming, pero naturalmente, él debe recibir las órdenes de alguien. No puedo hacer más. Si meto un poco más las narices, llegará a conocimiento de O'Hara, y él tiene suficiente influencia para hacer que me retiren la placa.

—No se caliente la cabeza, Travers. Como le he advertido a O'Hara, esto es asunto mío.

—¿Le ha dicho eso? —preguntó, alarmado—. Podían buscarle las vueltas.

Me levanté e hice una seña al mozo. Pagué el importe de los dos cafés con leche, y luego manifesté:

—Es lo que yo quería, Travers. Sólo saldrán de su madriguera si ven ante ellos un peligro cierto.

—Pero eso es lo mismo que si usted hubiese dicho: «¡Matadme!».

—Sí, teniente, es lo que les he querido decir: «¡Matadme… si podéis!». Le di una palmada en el brazo y poco después salía del bar.

CAPÍTULO VIII

Eché una mirada por las inmediaciones del edificio en que se ubicaba el apartamento de Cathy, pero no descubrí a ninguno de los tipos que me habían seguido durante la mañana ni a cualquier otro que me pareciese sospechoso.

Cuando llamé a la puerta de la morena, me abrió ella misma, y estuve a punto de lanzar un silbido de admiración. Había cambiado el batín por un suéter blanco y una falda negra. Dos prendas que le daban, un aspecto mágico.

Se dio cuenta del efecto que producía en mí, y preguntó, con un mohín de coquetería:

—¿Algo nuevo?

—¡Sensacional!

Me indicó con la mano y una sonrisa que podía pasar, y nos dirigimos al *living-room.*

Yo me senté en un sillón, pero ella se quedó de pie frente a mí.

—Tengo un hambre atroz —dije—. No he probado bocado en todo el día.

—Te prepararé algo.

Encendí un cigarrillo mientras ella trajinaba en la cocina.

Oí que se cerraba la nevera, y pocos minutos más tarde, Cathy apareció trayendo en una bandeja huevos revueltos, jamón en crudo, un vaso de leche y una gran manzana. Lo depositó todo sobre la mesa y yo hice honor al servicio dejando los platos limpios.

Cathy ocupó el borde del diván forrado de cretona y me estuvo vigilando todo el rato.

Cuando hube despachado la manzana, cruzó las manos sobre su regazó y exclamó:

—¿Sacaste algo en limpio?

—Bastante —respondí, y encendí otro cigarrillo—. ¿No tienes café?

Hizo un gesto de rabia por la sobriedad de mis palabras, pero se levantó y fue a preparar el café. Trajo dos humeantes tazas, una para ella y otra para mí, y yo bebí la mía a pequeñas dosis, saboreándolas.

—¡Está bien! —gritó Cathy—. ¿Qué estás esperando para hablar?

—¿Por qué mentiste, Cathy?

Frunció los ojos y se me quedó mirando perpleja.

—¿Que yo te mentí? ¿Quién dice eso?

—Yo.

—¿Pues sabes lo que yo te digo, hijo? Creo que te ha dado demasiado el sol en la sesera.

—Fue una historia burda la tuya, preciosa… Si tú hubieses tenido realmente una hermana que se hubiese suicidado a consecuencia de la heroína, ¿por qué demonios ibas a querer echar mano de los tipos que le facilitaron la droga? Estarías loca de atar, y tú eres una mujer sensata, Cathy. Incluso a veces pienso que tu forma de hablar es también bastante extraña. Hay instantes en que pareces una chica educada, correcta, y otros en que te afanas por cubrirte con un barniz de vulgaridad; pero aun en esos momentos tengo la impresión de que estás representando un papel.

—Miren al sabihondo. Me gustaría conocer tus conclusiones. Sus palabras eran sarcásticas, pero le temblaba la voz.

—No he puesto mucho interés en deducirlas. Me he hecho a la idea de que después de todo, me importa más otro asunto.

—¿De qué se trata? ¿Cuál es tu juego? Sonreí mientras encogía un hombro.

—No pienso decírtelo, Cathy.

La ira fue apoderándose de ella poco a poco.

—¡Dijiste que ibas a colaborar conmigo! No serás uno de esos malditos renegados que prometen una cosa y luego no la cumplen, ¿eh?

—Suponte que soy uno de esos malditos renegados.

Las aletas de su nariz palpitaron. Leí en sus ojos el deseo de emprenderla a golpes conmigo, pero de pronto cambió de táctica.

—¡Oh, Jimmy! —exclamó—. ¿Por qué hemos de discutir?

Vino hacia mí y se sentó en el brazo del sillón pasando uno de sus largos brazos por el respaldo.

—Vine aquí sólo porque estaba hambriento —le dije—. Ahora ya he calmado el apetito y me marcharé.

—Estás cansado, Jimmy… Quédate un rato. Hasta podrías dormir un poco —me cogió un mechón de cabello y empezó a juguetear con él.

—¿Cuál es la verdad, Cathy?

—¿La verdad?

—Sí. Por qué te uniste a Luigi y a Charley. Y por favor, no me sueltes otra vez el cuento de tu hermana, y entérate de una cosa. Estás vigilada.

—¿Yo?

—Sí, Cathy. Cuando salí de tu casa, tres tipos iniciaron un desfile tras de mí. Uno de ellos era un amigo que también quería información, pero no conocía a ninguno de los otros dos. No pudieron entrar en contacto conmigo en ningún momento, sino a partir de aquél en que abandoné este edificio. Por lo tanto, eras tú quien les interesaba; pero el hecho de que yo te visitase los colocó sobre mis pasos.

—¡Santo cielo! —exclamó—. ¿Quieres decir que estoy en peligro?

—¿Por qué estás en peligro? —pregunté.

—¿Es que no está claro? ¿No mataron a Luigi? Yo estaba con ellos.

—¡Y un cuerno! Tú no tienes miedo, Cathy. Eso es algo que se refleja en los ojos de las personas. ¿No viste a Charley? El pánico lo convirtió en un trozo de flan. Tú pudiste marchar a ese apartamento de tu supuesta amiga, pero preferiste darle la llave a él. —Hice una pausa y meneé la cabeza en sentido negativo, mirándola fijamente —. Conmigo eso no cuela. Se me olvidaba decirte algo importante. He sido detective privado. Ésa es la verdadera causa de que yo haya continuado metido en este negocio. Cuando tenía mi licencia, no tuve oportunidad de encontrar un caso como éste porque los clientes me dejaron secar en mi despacho hasta que no pude resistir más y lo vendí todo.

—No he pensado hasta ahora en la posibilidad de que me pudiesen hacer algún mal —replicó—. Quizá he sido demasiado

estúpida al creer que me dejarían en paz, pero ahora, si es cierto lo que tú dices, tienes que ayudarme, Jimmy.

—No puedo ayudar a una embustera.

—¿Quieres olvidar de una vez eso? —Se agachó sobre mí, mientras me cogía una oreja—. ¡No puedes dejarme ahora sola! ¡Ellos son unos asesinos! ¿Es que no te acuerdas de lo que hicieron con Luigi? Pueden hacerlo también conmigo. ¡Oh, Jimmy, dime lo que vas a hacer!

Antes de que pudiese evitarlo, me besó en la boca.

Yo la empujé y me levanté limpiándome los labios con el dorso de la mano. Cathy era ahora una vivida imagen de la furia desencadenada.

—¡Maldito polizonte! ¿Quién te has creído que eres? Si sabes algo acerca de la agencia Continental, debes decírmelo.

—Sé muchas cosas sobre ese punto, pero vas a seguir ignorándolas todas.

Sus movimientos fueron rapidísimos. Se despojó de un zapato y, cogiéndolo, vino hacia mí con el ánimo de utilizarlo como arma.

Poseía una endiablada energía y faltó poco para que me arrease un buen golpe en la cabeza, pero logré detener a tiempo su mano. Aquella chica era una fiera.

Le quité el zapato y después de dejarlo sobre un sillón, la agarré por los brazos y la zarandeé violentamente.

—¿Es que voy a tener que ponerme una armadura cada vez que hable contigo, tesoro? Me pegó una patada en la espinilla con el pie calzado.

—¡Márchate de una vez! —gritó.

Sentí deseos de abofetearla, pero en ese instante empezó a repiquetear el timbre del teléfono. La solté y emprendimos una carrera al mismo tiempo, para ver quién llegaba antes a la mesa. Le gané por unas décimas de segundo.

—¿Quién llama? —inquirí.

—¿La señorita Cathy Nolan? —preguntó una voz varonil.

—Sí, pero no está visible. Diga lo que quiera y yo le retransmitiré el mensaje.

Cathy se alzó de puntillas para quitarme el teléfono y yo saqué la pistola del bolsillo y le apunté. Inmediatamente se serenó.

—Éste es el hospital de Bellevue. Habla el doctor Listrong —

anunció el tipo que estaba a la otra parte del hilo—. ¿Qué es usted respecto a la señorita Nolan?

—Su prometido —dije, y vi que Cathy echaba chispas por los ojos.

—Está bien, quizá sea mejor así. ¿Conocía usted a Charley Leed?

—Desde luego.

—Fue atropellado por un camión hace cosa de una hora en la avenida Michigan. Sentí un escalofrío por la espina dorsal.

—¿Cómo está? —pregunté.

El doctor Listrong carraspeó suavemente y dijo:

—Lo siento, pero no pudimos hacer nada. Murió en el quirófano, antes de que le aplicáramos el éter para operarle. Nos encargó que nos pusiéramos en contacto con la señorita Nolan, caso de que sobreviniese un fatal desenlace.

—¿Dijo algo más?

—No, señor; sólo eso. Que le comunicásemos a ella la noticia.

—Gracias, doctor —colgué y guardé la pistola. Cathy se mojó los labios con la lengua.

—¿Charley? —inquirió.

—Sí. Un camión hace una hora.

Se quedó sin habla y me di cuenta de que por primera vez tenía miedo.

—¿Vas a hablar, ricura?

—¡Déjame en paz!

—Está bien, ahora veo que he perdido el tiempo. Pensé que finalmente pondrías las cartas boca arriba. Ello podría ahorrarme un trabajo.

—¿Cuál?

Me dirigí hacia la puerta, y cuando estaba a punto de salir del *living-room*, volví la cabeza y respondí con voz fuerte:

—¡El de ir al matadero!

Eché a andar y salí del piso dando un portazo.

Una vez en la calle me dirigí hacia la parada del autobús y monté en él sin preocuparme de si me seguían.

Como cosa de treinta minutos más tarde llegaba a donde tenía mi apartamento. Iba ya a entrar cuando me acordé que me quedaban solamente dos cigarrillos y fui al almacén de la esquina a comprar un paquete.

Subí en el ascensor y poco después daba la vuelta a la llave en la cerradura de mi puerta. Ésta crujió y se abrió a mi impulso. Una vez dentro, di vuelta al conmutador de la luz.

No había nadie, pero ellos no tardarían.

Me quité la chaqueta y permanecí indeciso unos instantes, no sabiendo si sacar la pistola o dejarla en el bolsillo. Terminé por dejarla.

Fui al cuarto de baño y me lavé los dientes. Tenía mal color de cara. Había andado de un lado a otro todo el día y la noche anterior había dormido poco.

Oí a lo lejos que el ascensor se detenía en mi planta.

Enjuagué el cepillo, cerré el tubo dentífrico y volví al *living*. Todo estaba ahora en silencio. Me senté en un sillón y cogí una revista atrasada.

En una de las páginas centrales aparecía Judy Betes en bañador. Era un verdadero regalo para los ojos. El pie de la fotografía se refería a que habían sido necesarios doscientos años de historia americana para lograr aquel producto tan acabado.

Sonreí para mis adentros. Si Judy Betes continuaba con la heroína, aquel esfuerzo de dos siglos quedaría destruido en unos cuantos meses. Teniendo en cuenta esta argumentación, yo estaba trabajando por la patria. ¡Al diablo con todo! ¿Qué les pasaba a aquellos tipos que no venían ya?

La puerta produjo un chasquido.

«¡Llegó tu hora, Jimmy!».

Me había colocado en el sillón de forma que no podía ver a quienes entraban, y de pronto, un pensamiento aleteó como un pájaro negro en el cerebro. ¿Y si mis visitantes habían decidido liquidarme sin pedirme explicaciones, allí mismo?

Tragué saliva y manteniendo la revista delante de mí, miré hacia la chaqueta donde tenía la pistola.

Pero ya era demasiado tarde.

Una suave corriente de aire me acarició el cogote. Estaban entrando en la habitación.

«¡Matadme, si podéis! ¡Claro que podían! ¿Qué clase de idiota era yo?». Dejó de correr el aire.

Sobrevino otro chasquido mucho más suave que el anterior.

¿Qué estarían haciendo? ¿Se acercaban poco a poco para

desnucarme? Doblé la revista e hice ademán de ir a ponerme en pie.

En ese instante, me llegó una voz ronca:

—¡Quédese donde está, amigo!

Permanecí inmóvil y dejé caer la revista al suelo. Luego, doblé la cabeza poco a poco.

Eran dos. A uno de ellos ya le conocía. Se trataba de mi amigo el huesudo, al que había tumbado en último término cuando escapé del bar por la mañana.

Conservaba la huella de mi puño, un pequeño hematoma en el mentón.

—Hola —le dije. No contestó.

El otro era rollizo, de ojos muy separados, casi orientales, nariz achatada, y barba que parecía haber sometido recientemente a un buen rasurado. Los dos vestían elegantemente. Para ellos el crimen había resultado compensatorio. Hasta entonces.

No habían tenido tiempo todavía de acercarse mucho y estaban como a cosa de dos yardas de mí. El alto empuñaba una automática de color negro brillante, pero su compañero mantenía las dos manos metidas en los bolsillos de la chaqueta, aunque uno de ellos, el izquierdo, le abultaba mucho.

—¿Cómo le va, zurdo? —le pregunté.

—¡Levántese! —me ordenó el del «quitapenas».

Me incorporé y en un instante empezó a registrarme, mientras su compinche pasaba por delante de mí y se acercaba a la chaqueta.

Cuando se volvió tenía en su mano mi pistola.

El gordito me sonrió y luego hizo una visita a las habitaciones interiores para cerciorarse de que yo estaba solo en el apartamento. Regresó y meneó la cabeza en sentido negativo hacia el alto.

Largué un bostezo y dije:

—Bueno, ya ven que no está aquí la persona que buscan. ¿Se van ya? Estoy algo cansado y necesito dormir.

El rollizo me enseñó otra vez los dientes, unos dientes blancos y pequeños que parecían los de un niño.

—Muy gracioso —murmuró—, pero será mejor que se guarde el humor para un poco más tarde. Lo va a necesitar, Rodes.

—No sabía que fuese un actor tan famoso —retruqué—. ¿Qué es lo que quieren? ¡Un autógrafo!

—¡Póngase la chaqueta!

Iba a hacer una pregunta, pero el alto me apretó el canon del revólver contra mi costado. Era un tipo persuasivo y yo me puse inmediatamente la chaqueta.

El gordito levantó mi propia pistola y anunció, con voz melosa:

—Va a hacer un viaje con nosotros, señor Rodes. Se trata solamente de una visita de cumplido, de modo que es mejor para usted que se comporte como un buen muchacho.

—¿Son de la policía? —pregunté, reflejando en mi rostro la mayor ingenuidad que me fue posible.

Los dos me miraron con ojos fríos y el alto me respondió:

—Cierre el pico ya, Rodes. Y será mejor que recuerde lo que le ha dicho Peter. En caso contrario, antes de que se dé cuenta se encontrará con una bala en las tripas. ¿Tema alguna cita pendiente esta noche?

—Marilyn Monroe me dijo que vendría sobre las diez, pero ya pasa de la hora. Lo habrá dejado para mañana.

El gordo echó el hocico hacia delante furioso, pero el alto le dirigió una mirada y lo dominó.

—Andando, Rodes —ordenó.

—Ustedes van demasiado aprisa —indiqué, sacudiendo la cabeza.

Sabía cuál era su plan. Los dos pájaros tendrían un coche abajo; me meterían en él y emprenderíamos un viaje. Luego me harían bajar en cualquier lugar de las afueras y me harían un relleno de plomo. Todo así de sencillo.

El huesudo se acercó a mí con la intención de golpearme con la pistola.

—Escuchen, amigos —les advertí—. No me crean tan estúpido como para estar lejos de mi ferretería sabiendo que iban a venir. Los esperaba tranquilamente leyendo. Ustedes se preguntarán por qué he hecho eso; pero la respuesta es sencilla. He de hablar con el jefe de ustedes.

—Pamplinas —rezongó el gordo.

—Créanlo o no, tengo una proposición para él. Algo que le rendirá buenos beneficios. Pueden sacarme de aquí y dejarme frito en cualquier sitio, pero si lo llevan a cabo de esa forma, será mejor que tomen las de Villadiego. El jefe no tardará ni media hora en ajustarles a ustedes las cuentas.

—¿Qué clase de treta es ésa? —preguntó el larguirucho.

—¿Por qué ha de ser una treta? Ustedes me han desarmado. Estoy en sus manos. En cuanto me vean hacer un movimiento de más, me agujerean la piel. Está tan claro como el agua.

Hice una pausa, observándoles de hitó en hito. Su seguridad comenzaba a resquebrajarse.

Señalé el teléfono sobre la mesa ratona.

—Coja cualquiera de ustedes el micro y póngase en contacto con el mandamás. Díganle que James Rodes quiere hablar con él sobre un asunto importante.

Sobrevino un largo silencio. Había jugado mi vida a un solo número y la bolita estaba dando vueltas en la ruleta. No tenía muchas probabilidades a favor. De pronto, el huesudo se mordió el labio inferior, acercóse al teléfono, lo cogió y marcó un número.

—Sí. Aquí Bud —manifestó—. Estamos en el apartamiento de Rodes. Fue demasiado fácil… Él dice que nos estaba esperando. Quiere hablar con el jefe… Algo urgente, dice que le interesa mucho a él… Lo tenemos bien cogido. Está bien, esperaré… Éste es el número…

Colgó el aparato y encendió un cigarrillo sin apartar la mirada de mi cara.

El gordito se acercó a un calendario y observó la mujer en bañador que había dibujada en él.

El teléfono repiqueteó y Bud se lo llevó al oído.

—Sí, Bud… ¿Cómo dice? De acuerdo, lo llevaremos allá. Descuide, si descubrimos que alguien nos sigue, Rodes irá derechito al infierno… Hasta ahora —colgó de nuevo y frunció los ojos mirándome—. ¡Andando, Rodes!

Me puse en movimiento y salimos fuera, hacia el corredor.

Bajamos la escalera muy juntos, yo en medio porque quería impedirme toda libertad de movimientos.

El encargado del edificio, el viejo Isaías, estaba leyendo una novela de crímenes y levantó la mirada de la página. Sus labios sonrieron, mientras gritaba:

—De fiesta, ¿eh, señor Rodes?

—La mejor del año —le contesté.

Meneó la cabeza y comentó, filosóficamente:

—Ustedes los jóvenes de hoy sólo piensan en divertirse.

Salimos a la calle y Peter señaló un coche negro que había aparcado.

Nos acercamos al vehículo y el alto abrió la portezuela del auto. Primero entró Peter, luego yo, y por fin el otro cuervo. Ante el volante había un tipo que tenía cuello de alemán.

—Adelante, Willy —le dijo Peter.

Me arrellané en el respaldo en el momento en que el coche iniciaba su carrera. Una carrera que indudablemente me conducía a la muerte que yo mismo había llamado.

CAPÍTULO IX

Dejamos atrás la ciudad y como cosa de un cuarto de hora después, nos apartamos de la carretera principal y el coche siguió por un camino secundario que bordeaba la costa. A la derecha se podía ver, a través de las ventanillas, las luces de los barcos que surcaban el Pacífico.

Otros quince minutos más tarde nos detuvimos ante una verja, y el conductor hizo sonar el claxon tres veces.

Un hombre abrió la puerta enrejada desde dentro y el coche pasó por un crujiente sendero que nos llevó ante la escalinata de una casa en donde había unas cuantas luces encendidas.

Peter salió fuera y me enseñó de nuevo la pistola.

—¡Salte, Rodes!

Descendí del coche y detrás de mí lo hizo el huesudo. Un hombre de talla media, pero de la misma catadura que mis guardianes, nos esperaba en lo alto del pórtico.

—¿Tuviste dificultades, Bud? —preguntó.

—Este tipo es un imbécil, Destri —contestó el interpelado—. Leía una revista cuando nosotros llegamos y tenía su pistola a dos millas de distancia.

Destri me dirigió una mirada de lástima y luego movió la cabeza señalando la puerta de la casa que estaba abierta.

—Adelante, Rodes —ordenó Peter—. Te vamos a enseñar tu habitación. Yo no repliqué nada.

Pasamos al interior de la casa y cruzando el vestíbulo nos dirigimos a un rincón en donde nacía una escalera que nos condujo a un sótano. En éste había tan sólo una silla y una lámpara colgaba del techo.

Todos los rincones quedaban oscuros. El círculo de luz caía

directamente sobre la silla, merced a una pantalla adecuada. Conmigo solamente bajaron Peter y Bud, mis antiguos conocidos.

—¡Siéntate, Rodes! —ordenó el gordito.

Habían empezado a tutearme para darme a entender que estaba próxima a comenzar la juerga. Yo era un chico muy sumiso y me senté.

Los dos quedaron frente a mí ligeramente separados.

—Terminaremos pronto, ¿eh, Rodes? —Gruñó Bud.

—Claro que sí —asentí—. Ya les dije que tengo mucho sueño. No acostumbro a pasar las noches fuera de casa.

—De acuerdo, muchacho. Así me gusta. Sólo tendrás que contestar a unas cuantas preguntas. Luego te habrás ganado un buen descanso.

Esperé la primera pregunta.

—¿Qué le contaste al teniente Travers, el de la Brigada de Homicidios?

—Oh, ¿era eso? —Sonreí—. No tuvo importancia. Le dije que iba por la calle cuando de pronto alguien me soltó una perdigonada con un rifle de aire comprimido.

No le gustó mi respuesta.

—Intenta otra, Rodes —barbotó, apretando los labios. Y repitió —: ¿Qué es lo que le contaste al teniente Travers?

—Ya se lo he dicho.

Dirigió una mirada a Peter. Éste asintió y se puso en marcha hacia mí, enarbolando los puños.

Yo me estaba mirando las uñas de la mano derecha, y, de pronto, cuando lo tuve cerca, le golpeé con todas mis fuerzas en el hígado.

Peter soltó un aullido y se derrumbó en el suelo, dando vueltas como un poseído.

Bud se lanzó sobre mí y me golpeó en el cuello con el filo de la mano. Por un momento, el techo se cuajó de estrellas y quise que también Bud las viese. Me ladeé a un lado y conseguí alcanzarlo con la izquierda en el plexo solar.

Bud abrió la boca como si se fuese a tragar todo el aire que había en el sótano, pero debió conseguir muy poco porque sus ojos se desorbitaron.

No le dejé tiempo para asombrarse más, porque enseguida le

golpeé sin compasión en el estómago. Fue una suerte para él que Peter se hubiese levantado ya para aquel entonces.

El gordito tenía los ojos inyectados en sangre y había vuelto a empuñar la pistola.

—¡Maldito bastardo! —estalló—. ¿Te gusta armar la gresca, eh? ¡Pues la vas a tener aquí en grande!

Empezó a acercarse a mí, al tiempo que yo retrocedía.

Bud se levantó resoplando, llevándose una mano constantemente a los ojos, como queriendo cerciorarse de que yo no lo había dejado tuerto.

—¡Déjamelo a mí, Peter! Me pertenece.

—Te lo cederé cuando termine con él.

La mueca de ferocidad que había en el rostro del rollizo no dejaba lugar a dudas sobre la forma en que me cedería a su compinche.

Peter seguía avanzando hacia mí, al tiempo que yo retrocedía. Finalmente mis espaldas chocaron contra la pared, y entonces él también se detuvo, y preguntó:

—¿Dónde te metes ahora?

Alcé un puño dispuesto a descargarlo sobre él y levantó unas pulgadas la pistola.

—Anda, Rodes, pégame un puñetazo y habrá sido el último, porque te llenaré el pellejo de agujeros. Ahora sólo te toca recibir.

Bud se acercó para contemplar la escena. Su ojo derecho se iba cerrando por momentos.

—Hazle escupir los dientes, Peter. Tú sabes cómo hacerlo. Quiero vérselos todos fuera.

—Sí. A mí también me gustará.

Eran un par de angelitos deseosos de encontrar una distracción, y yo era su único juguete.

Peter dio un paso hacia mí. Sus labios se distendían en una sonrisa cruel.

—Me las he tenido que ver con tipos peores que tú, Rodes —declaró—. Y si supieses en qué estado quedaron después de hacer amistad conmigo te hincarías de rodillas para suplicar por tu vida.

Dio otro paso.

Yo no me había dejado cazar en mi apartamento para que me redujesen a astillas. Antes de ir a casa pensé que, tal como estaban

las cosas, lo único que me interesaba era echar el guante al cerebro del *trust* de las drogas. Creí que dejándome llevar como un conejillo podría atraer al hombre que asumía la dirección de aquella pandilla de facinerosos, si dejaba entredicho que yo había podido comunicar a alguien mis descubrimientos. La primera pregunta que en el sótano me había dicho Peter, me demostraba que estaba en lo cierto respecto a ese punto. Les inquietaba lo que hubiese podido haber entre el teniente Travers y yo; pero ahora las cosas tomaban un giro insospechado.

Aquel cerebro gris no aparecía por ninguna parte y en cambio, allí estaba con un par de gorilas dispuestos a romperme los huesos.

Peter se detuvo nuevamente sin dejar de apuntarme con el arma que esgrimía su zurda, y metió la mano derecha en el bolsillo del pantalón. Cuando la sacó vi que había adherido a ella una manopla de acero.

Me la mostró sonriente, mientras preguntaba:

—¿Qué le parece este cortador de carne, Rodes?

—No la va a utilizar contra mí.

—¿Quién dice que no? ¡Si la encargué precisamente para tu cara! Quizá te haga un favor. Los peliculeros necesitan de vez en cuando un monstruo para sus cintas. Tú serás un buen sucesor de Boris Karloff.

Crispó el puño y lo echó atrás.

Miré la pistola y me dije que, aunque disparase, no permitiría que me mutilase con su manopla.

Me dispuse a saltar sobre él, pese a su amenaza y de pronto, resonó una voz desde lo alto, de la escalera.

—¡Basta, Peter!

El gordito se apartó rápidamente de mí, como si él fuese un animal de circo y acabase de oír la voz del domador.

Levanté la mirada hacia la escalera y vi que descendía por ella Samuel Hampdex, el editor de *Filmogramas*. Detrás de él, marchaba el llamado Destri.

Samuel Hampdex vestía un *smoking* de línea impecable y lo sabía llevar con elegancia innata. Sus ojos verdosos brillaban como ascuas.

Cuando se acercó esgrimía una sonrisa en los labios.

—¿Le han hecho pasar un mal rato, señor Rodes? Observé su

rostro fijamente y sacudí la cabeza, diciendo:

—Así que es usted.

—¿Qué es lo que soy yo?

—El tipo que está pegado a la ubre. El que está ordeñando a toda la colonia cinematográfica.

—Su vocabulario es altamente sugestivo, señor Rodes. Lástima que no se dedicase al periodismo. Estoy seguro de que hubiese encontrado un puesto a mi lado.

—¿Y qué me hubiese confiado en ese caso? ¿Obtener suscripciones para su agencia de recortes de Prensa?

—Yo siempre he opinado que cada hombre debe hacer lo suyo. Todos estamos predestinados, a cumplir una misión en esta vida. Unos han nacido para ser explotados, sean cuales fueren las circunstancias en que se hallaren, y otros forzosamente han de ser los explotadores.

—¿Ha invertido muchos años en descubrir esa filosofía?

—Menos de lo que usted puede creer. Me bastó con dirigir una mirada a mí alrededor. El mundo está lleno de estúpidos, señor Rodes. Gente amorfa que se mueve impulsada tan sólo por su instinto. Teniendo en cuenta esta consideración, el gran juego consiste en darles lo que desean. Aunque los embrutezca. ¿Qué importa lo que ocurra con ellos? Sólo deben ocupar un lugar en la comunidad mientras nos puedan ser útiles a nosotros. —Hizo una pausa y luego añadió, sonriendo más acentuadamente—: ¿Se da cuenta, señor Rodes? Yo no he hecho más que llevar a la práctica mis principios, y ya ve cuáles son los resultados.

—Sí, creo que no puede quejarse.

—Celebro que esté de acuerdo conmigo porque ello me sirve para pasar a la segunda cuestión del tema. Usted comprenderá que yo no puedo permitir a nadie que se inmiscuya en mis negocios. El organizarlo no ha sido cuestión de un día, sino de muchos años. Al principio, la máquina funcionaba con algunos altibajos, pero luego, cuando cogimos la marcha, todo se deslizó suavemente; y, de pronto, un desconocido, alguien que ni siquiera es autoridad, pretende desmontar todo el tinglado.

—¿Quién, señor Hampdex?

—Usted, amigo mío. —El editor frunció los ojos—. ¿De qué asunto quería hablarme, señor Rodes?

—No hay tal asunto. Sólo deseaba saber quién era usted. Hubo una larga pausa.

—¡Maldito bastardo! —rezongó Peter, viniendo hacia mí con la pistola levantada.

—¡Quieto, muchacho! —ordenó Hampdex.

Peter se detuvo a medio camino, y Hampdex, con la sonrisa en los labios, inquirió:

—¿Qué es lo que quiere verdaderamente, Rodes? ¿Dinero? No respondí a esa pregunta y él lo hizo por mí.

—Supongo que es así; en tal caso, no debía haberse molestado tanto. En mi organización siempre hay un puesto para una persona que lo merezca… ¡Bud!

Bud dio un paso al frente.

—¿Qué desea, señor Hampdex?

—¿Quién está encargado del sector de Santa Mónica?

—Jeffrey.

—¿Es posible?

—Usted mismo lo ordenó hace cosa de dos meses.

—Aquél es un distrito demasiado elegante para un tipo como Jeffrey. —Me miró a mí y dijo—: Usted encajará bien en aquel sector, Rodes. Vivirá en una residencia con toda clase de lujos y tendrá, además, un diez por cien sobre los abonos a la agencia Continental que consiga. ¿Cuánto ha ingresado Jeffrey en los dos meses que lleva ahí?

—Alrededor de unos cincuenta mil dólares —contestó de nuevo Bud.

—¿Lo ha oído, señor Rodes? Estoy seguro de que usted conseguirá un mayor índice de suscripciones. Sus beneficios pueden ser alrededor de quince mil. Es una buena cantidad, ¿no le parece? Tenga en cuenta que nosotros prestamos nuestra colaboración para que usted consiga un mayor índice de suscripciones. A muchos solamente les tenemos que ofrecer la mercancía para que la acepten, porque ya vienen aquí convertidos en unos viciosos; otros están predispuestos a ello, pero existen naturalmente los reacios.

—¿Cómo logran convencer a éstos?

—Oh, existen mil modos. Es raro los que no tienen un punto oscuro en su vida. Todo consiste en aprovechar esta noticia adecuadamente. Muchos terminan por aceptar el abono, pero dejan

sentado que no necesitan recibir la mercancía. Nosotros se la enviamos de todas formas, y, naturalmente, tarde o temprano han de echar mano a Ja heroína, y entonces son nuestros más entusiastas suscriptores.

—¿Cuántos clientes tienen?

Hampdex me miró fijamente y luego respondió:

—Es, un buen número, señor Rodes, pero no puedo decírselo. Hay secretos que los que colaboran conmigo han de respetar, y uno de ellos es la envergadura de nuestro negocio.

—¿Por qué me hace esa oferta, señor Hampdex?

—Porque es usted uno de esos hombres firmemente decididos a alcanzar lo que se proponen. Naturalmente, en nuestro caso no puede hacer nada; pero su tenacidad, aplicada convenientemente, puede dar óptimos resultados para usted y para mí.

—¿Y si le contestase que no me interesa?

—Usted es una persona demasiado sensata, señor Rodes.

—No voy a ser sensato.

Hubo un silencio y, de pronto, él se echó a reír.

—¿Va a ser tan loco, Rodes?

—¿Qué pasaría si diese mi consentimiento a su oferta y dentro de dos meses le volviera la espalda?

—Usted sería hombre muerto entonces, y no habría lugar del mundo en donde se pudiese librar de mí.

Suponía cuál iba a ser su contestación, pero quería oírla de sus labios. Aspiré profundamente y le espeté:

—Oiga mi propuesta. Disuelva su sociedad y lárguese con la música a otra parte.

—Resulta a veces chistoso, Rodes. Para que yo tuviese que aceptar lo que usted dice, tendría que existir un peligro muy grave.

—Tal peligro existe para usted.

—No me afectan sus bravuconadas.

—Puse al corriente de todo al teniente Travers. Es lo que querían saber sus sabuesos. He quedado citado con él en su despacho esta noche a las doce. Si no voy dará la señal de alarma.

Bud dio un paso hacia mí, levantando el revólver.

—¡Maldito soplón!

—¡Estate quieto, Bud! —le ordenó Hampdex, sin apartar los ojos de mi rostro—. El señor Rodes sólo pretende ponernos nerviosos,

pero no se da cuenta de una cosa muy importante. Que Travers no tiene nada que ver con nosotros. Lo suyo es Homicidios.

—Luigi Amalfi fue asesinado, y también lo ha sido Charley Leed.

—Ninguno de esos casos es de su competencia. Ya me he encargado yo de que
O'Hara
pusiese en ellos sus manos.

Se oyeron unos pasos por la escalera y vi que quien descendía por ella era el capitán
O'Hara.

Mordisqueaba un largo cigarro como el que había empezado a fumar en mi presencia cuando lo visité en su despacho.

Todos guardamos silencio hasta que se detuvo y mirando a Hampdex, le preguntó:

—¿Lo ha convencido ya?

Hampdex meneó la cabeza en sentido negativo. Entonces,
O'Hara
vino hacia mí.

—¿Por qué hace esto, hijo? ¿Qué es lo que pretende conseguir? ¿Una medalla? Suponga por un momento que usted hubiese conseguido ponemos la zancadilla. De acuerdo. Hubiese salido en los periódicos; pero al cabo de dos años, nadie se acordaría de usted. El pueblo olvida a los ídolos de un día. Quiere verlos sustituidos con frecuencia. Es así de olvidadizo.

Estaba oyendo una nueva versión de la misma filosofía. Aquellos dos hombres sentían un desprecio absoluto por la sociedad. Para ellos sólo era una fuente de ingresos.

—¿Qué contesta, hijo?

—Que me gustaría abrirlo en canal para ver lo que tiene en lugar de corazón. Enrojeció hasta la raíz del cabello y las gruesas venas de la frente se le hincharon.

—Ya lo ha oído, Hampdex —declaró—. Perdió el tiempo usted tratando de convencerle.

—Será peor para él —sentenció el gran jefe—. Sólo tenía una posibilidad de seguir viviendo y acaba de desperdiciarla.

—¿Ustedes llaman vivir a lo que hacen? —retruqué—. Sólo se revuelcan en un estercolero, igual que cerdos.

El rostro de Hampdex se había endurecido poco a poco y ahora

parecía tallado en granito.

—Es inverosímil que existan hombres como usted, señor Rodes. Usted sabrá lo que hace, pero tenga por seguro que su muerte no va a beneficiar en nada a esa sociedad que pretende defender. Es una lástima que no haya sabido elegir. ¿Ve usted? Si hubiese accedido, esta noche lo hubiésemos podido celebrar. En casa de Judy Betes hay una reunión a la que asistirán la flor y nata de los artistas de Hollywood. Judy dará la fiesta por haber terminado felizmente su película. Yo estaré allí, señor Rodes, y usted, en cambio, se encontrará a punto de llegar al infierno.

Me miró con ojos relampagueantes de ira, y dando media vuelta, se dirigió hacia la escalera por la que empezó a ascender.

O'Hara

me observó detenidamente, y por fin también giró sobre sus talones y siguió a Hampdex.

Destri había quedado a mi espalda y Peter y Bud estaban al otro lado.

Destri miraba hacia arriba. Vi cómo

O'Hara

salía por la puerta superior y esperé el portazo.

Sabía perfectamente en qué bolsillo guardaba Destri la pistola. Le abultaba demasiado. Coincidiendo con el golpe de la puerta, di un salto con toda la rapidez que me fue posible y caí detrás de Destri. Hundí la mano en el bolsillo que tenía la pistola y lo cogí a él al propio tiempo por el cuello con fuerza para que su cuerpo me sirviese como parapeto. Bud y Peter vacilaron unos instantes, pero fueron bastantes para que yo les amenazase con voz agresiva:

—¡Quietos, muchachos, u os vacío el cargador en el cuerpo!

Se quedaron asombrados, sin saber todavía cómo replicar, pero Destri acabó de disuadirlos.

—¡Hacedle caso, chicos! ¡Me tiene cogido!

—Es un buen consejo —convine yo—. ¡Dejad caer las armas al suelo! Peter no obedeció al pronto, sino que preguntó:

—¿Qué es lo que va a hacer?

—Deberías responder por la muerte de Amalfi y la de Charley Leed. Soltad las armas o no tendréis necesidad del juicio.

Bud y Peter se agacharon despaciosamente y dejaron las armas en el suelo a sus pies.

Luego, Bud dijo:

—No fuimos nosotros quienes hicimos ese trabajo de que habla.

—Está bien. Eso ya lo pondrá en claro la policía.

—¿Qué policía? Ya ha visto que O'Hara está con nosotros.

—O'Hara también ocupará la mesa de los acusados. Habrá muchos en el cuerpo que se alegrarán.

Pegué un empellón a Destri y lo arrojé contra ellos.

—Empuje las pistolas con el pie, Destri, hacia mí.

Obedeció y yo cogí las armas y las guardé en los bolsillos, convencido de que si se levantaba un ciclón en la calle no me arrancaría del suelo. Empecé a retroceder hacia la escalera sin perderlos de vista. Subí un escalón, dos, tres.

De pronto Bud metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó una pistolita. Yo estaba mejor preparado que él y apreté el gatillo mucho antes. Se produjo el estampido y la bala se hundió en el pecho de Bud, quien arrojó su pequeña arma al suelo y se arrugó haciendo una mueca de dolor. Empezó a caer a cámara lenta y por fin se derrumbó encogido en el suelo.

Mi inmediata réplica al intento de Bud quitó las ganas de pelear a los otros dos cuervos.

Una vez arriba, abrí la puerta y salí fuera. Cerré con la llave que había puesta en la cerradura, y pasé luego una barra de hierro.

De pronto sonó un disparo y una bala se incrustó en la pared, cerca de mi oreja. Me tiré al suelo rápidamente y di vueltas hasta ganar un diván. Habían hecho fuego desde una puerta que comunicaba con el ala derecha de la casa.

Pensé que podrían haber más guardianes, y que ahora, al ruido del disparo, mi escapatoria sería más difícil.

Naturalmente Hampdex y O'Hara habían tenido tiempo más que suficiente para alejarse de allí, y por tanto no sentía el temor de encontrarme con ellos.

Un perro ladró fuera y se oyeron unos pasos que ascendían por la escalera del pórtico. Vi una ventana abierta al fondo. Tenía que

huir por allí, pero para llegar a ella debía eliminar al tipo que estaba escondido vigilándome, esperando que yo apareciese por algún lado.

Cerca de mis pies vi el borde de una alfombra. La cogí y tiré de ella. Una mesa se vino abajo, derrumbándose el jarro de cristal que había encima.

Se produjo un estrépito y el individuo dejó ver su cabeza, pronta su arma para hacer fuego.

Yo disparé desde donde estaba y le metí una onza de plomo en las fosas nasales. Su cabeza estalló como una bomba, salpicando de sangre la pared que tenía detrás, y luego se vino abajo sin soltar un suspiro.

Eché a correr hacia la ventana y pegué un salto agarrándome al alféizar.

No me costó ningún trabajo descolgarme fuera, y una vez al otro lado escuché en cuclillas. Los ladridos del perro sonaban más lejos. Indudablemente el hombre que lo conducía, sabiéndose en peligro si entraba por la puerta principal de la casa, había dado la vuelta para irrumpir por detrás. Ello era una buena ventaja para mí.

Eché a correr por el sendero y llegado ante la verja, gateé por ella como si hubiese retrocedido a mi tierna infancia. Luego desde el otro lado, seguí corriendo hacia la carretera principal. No tuve ningún contratiempo. Una vez llegado a la bifurcación me detuve jadeante.

Pasaron dos o tres coches hacia la ciudad, pero ninguno quiso detenerse. Por fin le llegó el turno al autobús y el conductor obedeció mi señal.

Me senté junto a un viejo desdentado que comía cacahuetes y media hora más tarde abandonaba el autobús cerca del edificio donde estaba mi apartamento. Subí arriba, tomé un baño, y me puse un traje azul Guardé las pistolas en un cajón, excepto la de Charley que guardé en el bolsillo.

Salí hecho un pollo pera y tomé un taxi dándole la dirección del bulevar en donde vivía Judy.

Cuando bajé del vehículo me arreglé el nudo de la corbata y eché a andar hacia la residencia de la actriz.

Los jardines aparecían brillantemente iluminados y había mucha gente dentro, oyéndose risas y exclamaciones de jolgorio.

La crema de la sociedad cinematográfica empezaba a pasarlo bien. Gente estúpida, había dicho Hampdex. Tenía razón. La mayoría de ellos, a pesar de su inteligencia artística, formaban un buen hatajo de irresponsables en lo que se refería a su vida privada.

Había un conserje galoneado que era el encargado de recoger las invitaciones. Le di la mía —un billete de veinticinco dólares— y la encontró de su gusto.

Hacía una noche primaveral y los invitados se encontraban distraídos por el jardín. Como era natural, todo se había hecho a lo grande. Vi dos pistas de baile con su correspondiente orquesta cada una, y largas mesas donde se servían viandas y bebidas.

En la piscina había cuatro o cinco esculturales chicas que tomaban el baño en busca de un futuro contrato. Hombres gordos, metidos en *smokings* que parecían ir a estallar, fumaban largos puros mientras dirigían poco tranquilizadoras miradas a las muchachas.

—¡Jimmy!

Me volví viendo a Roxanne Plata, la cual se cubría a medias con un vestido color azul.

Una verdadera monería.

—¿Qué hay, bombón?

—He llamado tres veces a tu apartamento y estuve a punto de hacerlo a la policía.

—¿Asustada? —Le tomé la barbilla y la besé suavemente en la comisura de los labios—. ¿Y Judy?

—Está arreglándose todavía. Quería estrenar un nuevo vestido y no se lo han traído hasta última hora.

—¿Has visto por ahí a Samuel Hampdex?

—Sí. Hace un momento estaba bailando en la pista de la izquierda.

—¿Me quieres hacer un favor?

—Naturalmente.

—Pídele un baile y llévalo a un sitio en que estéis solos. No me preguntes. Ya te lo contaré todo luego.

—De acuerdo, Jimmy. Dentro de quince minutos lo encontrarás junto a la copia de la Venus de Milo que hay siguiendo este mismo sendero.

Di mi conformidad, y en cuanto ella se separó de mí me dirigí a

una mesa y empecé a comer. El trabajo me había abierto el apetito. Despaché un par de bocadillos y un buen vaso de *whisky*. Luego, encendí un cigarrillo y calculando que había llegado la hora me dirigí al lugar en donde se hallaba enclavada la estatua griega.

Samuel Hampdex y Roxanne estaban sentados en un banco. Probablemente él había creído que se trataba de un romance y le prendía la mano a la joven. Me ardió la sangre, pero logré contenerme y me acerqué por detrás de ellos.

—Buenas noches, Hampdex.

Reconoció mi voz y noté su estremecimiento mientras volvía la cabeza. Sus ojos se entrecerraron escrutándome el rostro.

—¿Lo pasa bien, Rodes?

—De primera, pero estoy seguro de que lo mejor está por venir todavía —me dirigí a Roxanne—. Querida, ¿quieres ir a ver si la señorita Betes está dispuesta?

Roxanne hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y se marchó. El gran jefe y yo nos quedamos solos.

Hampdex metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y yo me apresuré a encañonarle con mi pistola, pero él se volvió y me enseñó su pitillera.

—Está un poco nervioso, señor Rodes —golpeó un cigarrillo y después de encender arrojó un chorro de humo—. Ha hecho una hazaña al escapar de mis hombres, pero no puede probar nada. Vivimos en una democracia, señor Rodes.

—Usted cantará o le hundiré la base del cráneo a culatazos —inspiré profundamente y proseguí embalado—: No me dará pena hacerlo, se lo aseguro. Usted es un reptil, Hampdex. Un bicharraco que hay que exterminar, y yo estoy dispuesto a hacer gratuitamente ese trabajo. Con ello ahorraré unos dólares a los contribuyentes.

En aquel instante algo duro se me incrustó en la espalda.

—¡Suelte ese chisme, Rodes! —Era mi viejo amigo el capitán O’Hara.

Lo solté como si me quemase. No había pensado que el gordinflón pudiese estar allí, y ahora pagaba mi pecado.

Hampdex se levantó furioso del banco.

—¿Qué está esperando,
O’Hara?
¡Liquídelo ya! Me estaba amenazando con una pistola. Quería

atracarme. Es una buena historia. Usted lo mata en legítima defensa. Su pistola conserva sus huellas.

Noté la respiración de
O'Hara
cerca de mi cogote y bajé el brazo derecho rápidamente golpeándole la muñeca; inmediatamente me volví y le solté un trallazo con la izquierda en la carótida. La pistola cayó al suelo mientras el capitán se derrumbaba sobre unos arbustos.

Hampdex me golpeó en el riñón y cuando me doblé me atizó en la barbilla. Di una vuelta de campana sobre el banco, pero me levanté inmediatamente y me lancé sobre él en el momento en que se disponía a coger la pistola.

Le asesté un golpe con el filo de la mano en el cuello, y tuve la impresión de que lo decapitaba, pero no ocurrió nada de eso. Dio un rugido y se levantó. Era un tipo fuerte, demasiado fuerte. En cambio,
O'Hara
apenas se podía levantar.

Estábamos algo alejados de los invitados y, hasta entonces, nadie se había percatado de nuestra lucha.

Cogí a Hampdex por el corbatín negro y le hundí tres veces consecutivas el puño en el estómago; pero él consiguió desasirse de un tirón y logró conectarme su derecha entre ceja y ceja. Me mareé un poco y aprovechó su ventaja para machacarme la cabeza con el antebrazo.

El muy maldito empleaba armas que no tenían nada que ver con el boxeo. Bien, yo también conocía unas cuantas. Le pegué un rodillazo en el bajo vientre y cuando se dobló, entrelacé los dedos y levantando los dos brazos los descargué sobre su nuca. Cayó como abatido por un rayo, hundiendo la cara en el césped.
O'Hara
estaba buscando a gatas la pistola y me acerqué a él rápidamente, lo ayudé a levantarse, y le solté un terrible golpe en la papada.

Salió lanzado con la rapidez de un cohete y desapareció de mi vista después de hacer un viraje para no tropezar contra un seto. Luego le tocó el turno a Hampdex, el cual estaba semiinconsciente. Lo levanté sin complicaciones tirándolo de la camisa hasta sacarle los faldones, y le aticé otra vez para que siguiese a su compinche, el

cual, dando traspiés, fue a caer de nuevo.

En un instante la gente empezó a darse cuenta de lo que ocurría. Las parejas se separaron en la pista y todo el mundo vino a nuestro encuentro. Yo seguía avanzando golpeando a Hampdex o a O'Hara indistintamente, llevándolos hacia delante.

La orquesta dejó de tocar porque los músicos tampoco quisieron perderse aquel acontecimiento, y en un instante se levantó un gran clamoreo.

Las peleas eran frecuentes en una ciudad como aquélla.

Los fotógrafos que andaban a la búsqueda de algo sensacional empezaron a disparar sus «*flash*».

Al fin me cansé de dar golpes y me miré los nudillos. O'Hara y Hampdex estaban en el suelo medio muertos, aunque mi aspecto, desde luego, no era tampoco muy bueno.

Judy Betes se abrió paso entre sus invitados, seguida de Roxanne. Las dos, bellas como diosas, se estuvieron contemplando con extraordinaria sorpresa a los caídos.

—¿Es que se ha vuelto Joco? —preguntó Judy. Negué con la cabeza y miré a Roxanne.

—Acabé el trabajo que me encargaste, pequeña. En cuanto hayan encerrado a estos dos tipejos, todo se deslizará como una seda.

Hampdex se pasó el dorso de la mano por los labios hinchados y después de dirigirme una mirada cargada de odio dijo:

—Esto le costará hasta la última gota de sangre, Rodes. Ya le he dicho antes que su acusación no servirá de nada.

—Correré el riesgo necesario ante el Fiscal General del Estado.

—Perderá y hará el ridículo.

Naturalmente, nuestro diálogo era ininteligible para cuantas personas estaban allí, a excepción de O'Hara, Hampdex y yo. Pero en ese momento intervino una voz:

—Está usted equivocado, señor Hampdex. La acusación que se mantendrá contra usted en el oportuno juicio quedará suficientemente probada.

Miré hacia la izquierda y vi a Cathy. Era ella la que acababa de

hablar y a su lado estaba el teniente Travers y un par de hombres con aspecto de policías.

—¿Quién es usted? —preguntó Hampdex—. ¿Y de qué habla?

Cathy sonrió y dirigiéndose a uno de los hombres que la acompañaban, preguntó:

—¿Quiere contárselo usted, inspector Ames?

El llamado Ames sacudió la cabeza en sentido afirmativo y dio unos pasos hacia Hampdex y
O'Hara,
los cuales se habían levantado ya.

—Será mejor que hablemos en otro sitio menos concurrido —propuso—. ¿Quieren seguirme? Y usted también, capitán
O'Hara.

Los fogonazos de los fotógrafos se sucedían ininterrumpidamente. Nos abrimos paso por entre los invitados y minutos más tarde nos encontrábamos en una habitación. Sólo estábamos en ella Ames, el otro hombre que le acompañaba, Cathy, el teniente Travers,
O'Hara,
Hampdex y yo.

El director de *Filmogramas* se puso ante un espejo y empezó a arreglarse el nudo de la corbata.

Ames anunció con voz parsimoniosa:

—Está usted cogido. Stephen Zilming, secretario ejecutivo de la Agencia Continental, ha cantado desde el principio.

—No conozco a ningún Stephen Zilming —retrucó Hampdex. Ames emitió una risita.

—Hemos trabajado de firme durante las dos últimas horas.

—¿Quiere presentarse de una vez, señor Ames?

—No tengo ningún inconveniente. Inspector Leonard Ames, Brigada de Narcóticos, Departamento de Estado. El hombre que me acompaña es uno de mis agentes, Harry Forest, y esta señorita, Cathy Tawot, una de nuestras auxiliares.

Miré a Cathy y ella levantó altivamente la barbilla. Yo le hice una seña negativa con la cabeza dándole a entender que aquello no terminaría así, que ajustaríamos cuentas. Aunque nunca me había tragado la historia de su hermana, tampoco llegué a pensar que ella fuese de la policía.

Ames prosiguió su historia:

—La señorita Tawot consiguió la amistad de dos hombres que se dedicaban al negocio de drogas en pequeña escala. Naturalmente, ellos no eran nuestro objetivo, sino el *trust* que se había formado en Hollywood. Sabíamos que los artistas de esta colonia hacían un gran gasto de heroína en forma de cigarrillos. Era imposible que los pequeños traficantes pudiesen abastecer un mercado tan amplio. La señorita Tawot ha invertido un año en tratar de descubrir este verdadero sindicato. A través de las conversaciones mantenidas con Luigi Amalfi y Charley Leed, empezó a sospechar que había algo misterioso en la Agencia Continental, pero ella no estaba en situación de realizar esta investigación so pena de que la descubrieran. Esperábamos una oportunidad, pero ésta no llegaba. Hasta que apareció el señor Rodes. Afortunadamente para nosotros comunicó sus descubrimientos al teniente Travers, quien inmediatamente nos puso al corriente. Establecimos contacto con Cathy y ella confirmó las premoniciones de Travers. Rodes había decidido jugarse el tipo para ver quién había detrás de la Continental. Como encargado de este caso conseguí de un juez de Santa Rita una orden de detención contra Stephen Zilming, acusándolo como sospechoso de traficar en estupefacientes. Como complemento, logré también una orden de allanamiento. Así hemos podido penetrar en el local de la Continental y arramblar con toda la documentación. Naturalmente, no aparece por ningún lado la menor pista que probase que la Agencia se dedicaba a enviar a los clientes otra cosa que recortes de periódico. Pero como, a pesar de ello, trabajábamos sobre seguro, tendimos una trampa a Zilming diciéndole que el capitán O'Hara había confesado de plano. Fue una buena representación y se lo tragó. Lo demás resultó sencillo. Nos indicó dónde podíamos encontrar los libros auxiliares en que constan las cantidades entregadas por los artistas como pago de «la otra mercancía».

Ames hizo una pausa y Hampdex arguyó:

—Hasta ahora no veo qué pruebas tiene contra mí, señor Ames.

—Existe una bastante concluyente. Inmediatamente que Zilming citó su nombre solicité una información completa de usted. Ya le he dicho que hemos tenido que trabajar contra reloj. Recibimos del

director del Banco Internacional, en un breve plazo de tiempo, una liquidación de su cuenta bancaria. Hay números que coinciden exactamente con los del libro auxiliar donde constan las ventas de droga. Cualquier jurado del país, de acuerdo con esa prueba, le considerará sin lugar a dudas culpable, en cuyo caso puedo asegurarle una condena no inferior a veinte años de cárcel.

—¡Tengo mis propios abogados y haré invalidar esa supuesta prueba! Ames ignoró aquellas palabras y se dirigió a
O'Hara.

—En cuanto a usted, capitán, creo que el cuerpo tendría muy en cuenta una confesión.
O'Hara
estaba vencido; se había sentado en un sillón y sus ojos habían perdido todo brillo. Al parecer, le quedaba todavía un arresto de vergüenza.

—De acuerdo, señor Ames. Estoy dispuesto a confesarlo todo. Hampdex montó en cólera.

—¡No haga eso, cerdo! —barbotó.

Quiso ir hacia
O'Hara,
pero yo lo cogí de un brazo violentamente y lo tiré contra un diván, donde quedó sentado con la boca entreabierta.

Ames se volvió hacia mí y me tendió la mano.

—Gracias por todo lo que ha hecho, Rodes. Se ha portado usted como los buenos.

Creo que su presencia ya no es necesaria aquí. ¿Por qué no se va a divertirse un poco?

Miré a Cathy, y moví la cabeza en sentido afirmativo.

—Sí, Ames, creo que necesito beberme por lo menos una botella de *whisky*.

Hice un saludo con la mano y eché a andar con paso rápido saliendo de la habitación. Me introduje en la pieza contigua y llamé al *Star*. Hablé con Carson y le conté todo el asunto. Me quedó muy agradecido. —Colgué y salí. Roxanne estaba fuera esperándome y me tiró los brazos al cuello ofreciéndome su boca. Después que nos besamos preguntó:

—¿Bailamos, querido?

Salimos al jardín. La fiesta se había reanudado. Nos pusimos a

bailar una rumba.

—Jimmy.

—¿Qué hay, tesoro?

—Tengo un *whisky* estupendo en mi casa, y también *pudding* de manzana, del que guardo la mitad en la nevera —abanicó las pestañas—. ¿Qué te parece después de la fiesta?

En sus ojos había una promesa.

—Desde luego, cuenta con ello.

Pegó su frente a mi barbilla y continuamos bailando en silencio.

De pronto, Judy Betes apareció delante de nosotros, precisamente cuando la orquesta terminaba la ejecución de la rumba.

—¿No debe ser el primer baile para la anfitriona? —me preguntó mirándome.

Los músicos iniciaban un *slow*. Hice una inclinación ante Roxanne y abarqué por la cintura a Judy.

Su cabeza se juntó con la mía y sus labios me cosquillearon en el oído derecho.

—Quiero hablar con usted, Jimmy.

—Cuando quiera —respondí.

—Hacia las cuatro se habrán marchado todos. Tengo un estupendo *whisky* que reservo para ciertos acontecimientos. Quédese por el jardín y yo le haré una seña desde el primer piso.

Aquello se estaba poniendo bueno.

Vi aparecer a Cathy en la terraza y, cuando terminé de bailar con Judy, llegó cierto productor que se llevó a la actriz de mi lado, no sin que antes ella me dirigiera una mirada recordándome nuestra cita.

Subí la escalinata y me detuve ante Cathy.

—Aún no he perdido la esperanza de pegarte otra paliza —dije.

—¿Otra? —retrucó retadoramente ella.

—Claro que sí. Me tomaste el pelo y yo he estado a punto de que me agujereasen el estómago.

—Oh, lo hubiera sentido.

—¿De veras?

Hubo una pausa y ella afirmó, mirando a las parejas que bailaban en la pista:

—No te atreverías a pegarme.

—Es lo que tú crees.

—Ahora me alojo en el apartamento 14 del Hotel Oriental. Si cometes la osadía de aparecer por allí dentro de un rato, te romperé en la cabeza una botella de *whisky* que compré para celebrar mi cumpleaños.

No dijo nada más. Se separó de mí y descendió por la escalinata dejándome arriba estupefacto.

Tenía ante mí una bonita perspectiva. Tres mujeres con otras tantas botellas de *whisky*. Claro que una de éstas estaba destinada a hacerse añicos en mi cabeza.

Me pellizqué el labio inferior porque mi problema era verdaderamente peliagudo.

¿A cuál de las citas acudiría?

Abajo en el jardín, en las pistas, en la piscina, la alegre colonia cinematográfica se divertía.

Epílogo muy Especial

He examinado el relato que acababan ustedes de leer y lo he encontrado sin final. Naturalmente, he cogido la pluma y me he puesto a escribir por mi cuenta. Creo que tengo derecho a ello. Soy la mujer de Jimmy Rodes y, después de todo, se habla de mí en esta historia de drogas, corrupción y puñetazos.

Jimmy tardó poco tiempo en decidirse cuando quedó a solas en la terraza, aunque él trate de decir lo contrario. Confieso que la competencia era muy seria porque las otras dos mujeres eran muy llamativas, pero una también tiene su gancho.

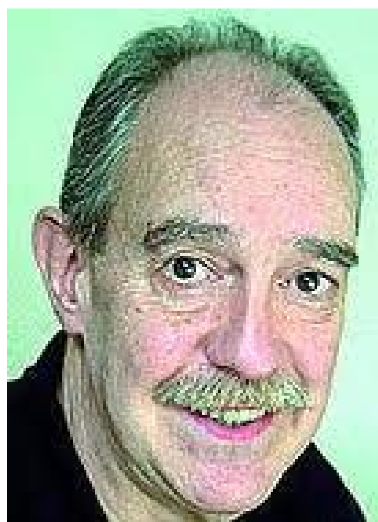
Les doy mi palabra de que no rompí la botella de *whisky* en la cabeza de Jimmy cuando llegó a mi apartamento. Desde luego la cogí por el cuello para estrellársela, pero Jimmy me sujetó por los brazos y puso su boca sobre la mía. No sé qué me ocurrió, pero poco a poco me abandonaron las fuerzas y luego él me quitó la botella de la mano y suavemente…

Bueno, al día siguiente nos casamos y yo pedí la excedencia en el cuerpo. Tenía unos dólares ahorrados y cuando regresamos de nuestra luna de miel abrimos una agencia de Investigaciones Privadas en Los Angeles, 294, Wilshire. Si alguna vez necesitan de nuestros servicios no vacilen en contratamos. Jimmy y yo estaremos encantados de prestarles nuestra modesta ayuda.

Y perdonen ahora que ponga punto final, pero es que Jimmy me está llamando a gritos para que le ahueque la almohada.

Saludos.

Fin



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).

Notas

[1] Caryl Chessman es el autor de Celda 2455, Pabellón de la Muerte, que desde el año 1948 en que fue condenado a la pena capital por secuestro y rapto, mantiene en jaque a las autoridades judiciales, consiguiendo una y otra vez la prórroga de su ejecución, valiéndose tan sólo de tecnicismos legales. <<